

**BRU
GUE
RA**

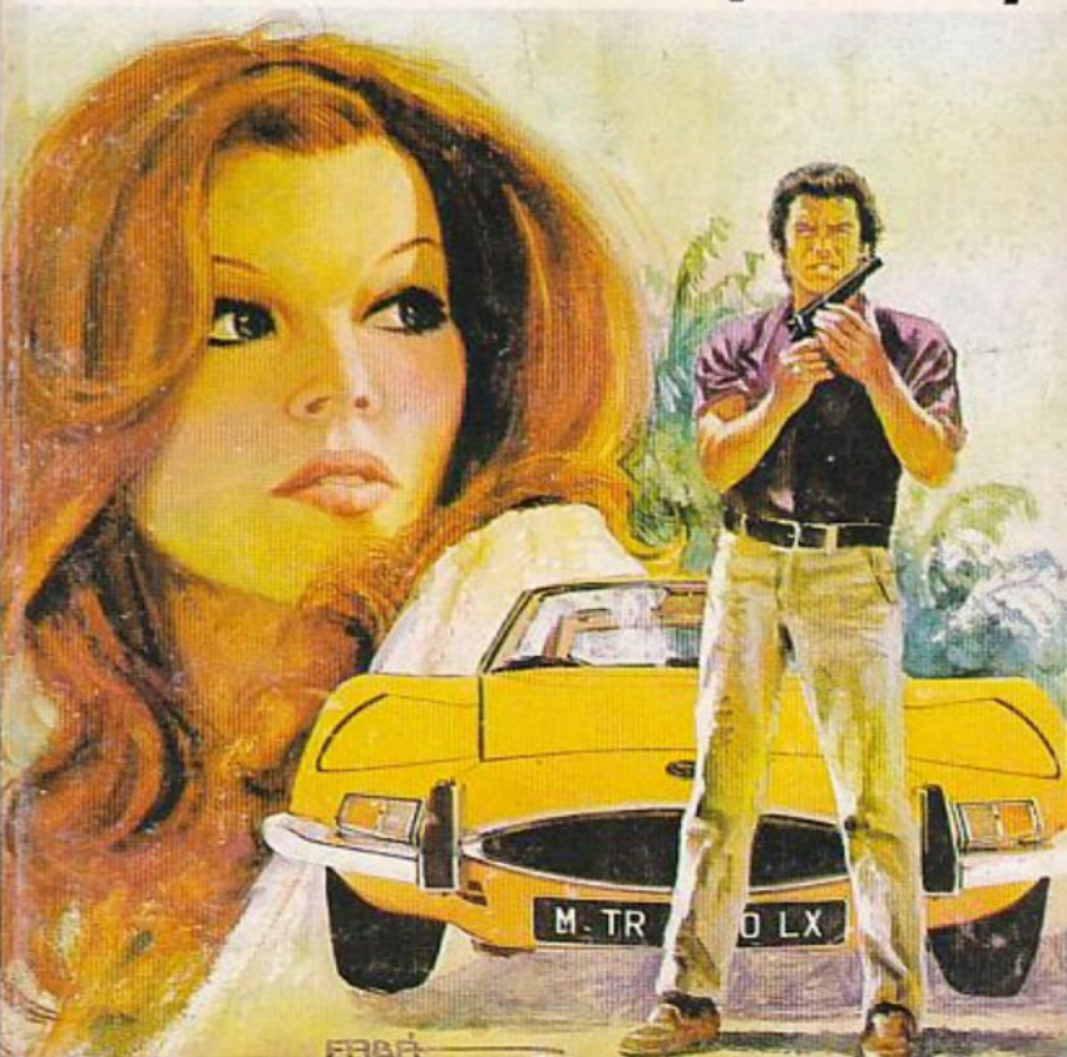
BOLSILIBROS



POLICIACO

HACIA FALTA UN IDIOTA

Ralph Barby



PUNTO ROJO

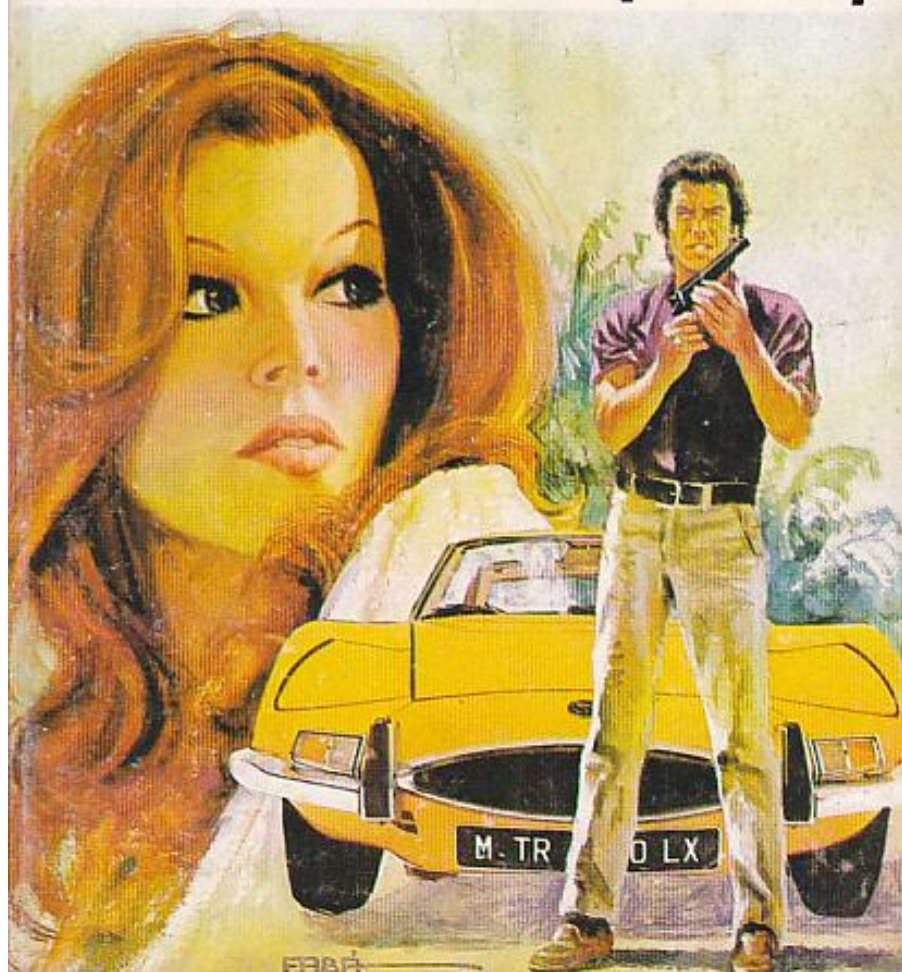
**BRUGUE
RA**

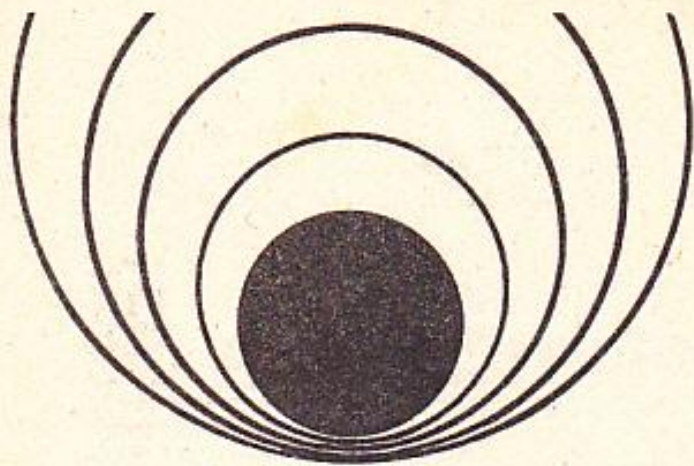
BOLSILIBROS

POLICIACO

HACIA FALTA UN IDIOTA

Ralph Barby





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

HACIA FALTA UN IDIOTA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.162 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Bisonte Serie Roja

Selección Terror

La Conquista del Espacio

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 33.354 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: noviembre. 1984 1.ª edición en América: mayo,
1985

fe Ralph Barby - 1984

texto

fe Fabá • 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5.

08006 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Miré a los ojos del tipo que tenía enfrente, al otro lado del mostrador.

Era alto, algo menos que yo, y más fornido, pero deduje que le ganaría en elasticidad y ligereza. No me gustó el brillo sarcástico de sus ojos ni la sonrisa que debía ofrecer a todos los que se le ponían delante y que, como yo, abandonaban la prisión del Estado.

«Volverás», tuve la impresión de que me decía.

Acababa de purgar un año y un día de cárcel. Podía haberseme rebajado la pena en unos cuatro meses por buena conducta, pero los del comité debieron opinar que yo no era un buen muchacho porque tuve alguna que otra pelea dentro de la penitenciaría, por eso cumplí la pena en su totalidad, pena que me impuso un juez que, no sé por qué cojones, me había tomado ojeriza.

En otro momento ya explicaré lo que me sucedió; ese no es el meollo de la historia que te voy a contar, si sigues leyendo.

Tomé mis cosas, no creas que muchas, dos llaveros, monedas sueltas, una navaja automática con tan solo tres pulgadas de cortante acero y un anillo de plata que era un talismán y tenía una piedra de jade roja tallada en círculo. Si se le aplicaba un foco de luz apropiadamente, podía verse como el iris de un ojo.

Se supone que ese talismán debía haber evitado que fuera a dar con mis huesos a la cárcel, pero puedo decirte que no funcionó.

De haber poseído tan sólo aquello que recuperaba, habría tenido muchas posibilidades de regresar a la cárcel aunque sólo fuera por vagabundo. El juez me había limpiado hasta la cuenta corriente que tenía en el Banco y había embargado mi apartamento, subastándolo para pagar la indemnización a que me había condenado.

Es verdad que me sobraron unos dólares, la diferencia que se pagó por la subasta de mi apartamento y lo que tuve que pagar por indemnizar a los herederos del tipo que se fue al otro mundo por interponerse en mi vida.

Cuando las cosas ruedan mal, lo mejor es olvidar el pasado y empezar el futuro de nuevo, pero un tipo con aires de guru reseco que estaba conmigo en la penitenciaría por no sé qué delitos de abuso de menores, me había augurado una vida muy movida.

La justicia, con sus consiguientes jueces, son necesarios en este mundo en que vivimos, sí, son necesarios, pero si a ti te toca estar frente a los jueces, estás «jodido», amigo. Lo que tú consideras que es ley natural, resulta que no lo es tanto porque los que hacen las leyes se complican demasiado la vida haciendo leyes y más leyes y olvidándose de las anteriores.

Ah, estoy en California, creo que no te lo había dicho antes. No sé dónde estás tú leyendo todo esto que te cuento, quizá en Corea, en Francia, en Italia, España o Argentina, o volando hacia la Laponia o quizá en el futuro porque has descubierto un refugio atómico olvidado después de la Tercera Guerra Mundial y dentro había esta novela, esta historia que yo conté un día cuando el presidente, en la Casa Blanca, repiqueteaba con sus dedos sobre la mesa junto al botón rojo de la apocalipsis atómica.

Si el cataclismo nuclear llega, yo no voy a poder evitarlo, nos vamos a freír todos, por

eso me despreocupo de él y sigo mi vida.

Soy un tipo lúdico, me gustan los placeres, comer bien, oír buena música, disfrutar de espléndidos paisajes, viajar y, como no, acostarme con mujeres siempre que cumplan tres requisitos. El primero, que me complazcan por su belleza e inteligencia. No me importa el color del pelo ni la edad, siempre que no quede corta en años o con un exceso de los mismos. Segundo, que no vaya con ellas pagando, la prostitución deja insatisfecho lo mismo al que paga como al que recibe, salvo que se tengan los sesos embotados por algún tipo de droga o por la estupidez. Y tercer requisito, no forzar jamás a una hembra que se niegue a acostarse conmigo.

A las nueve en punto se detenía el bus y no había otro hasta el día siguiente. Aquel recogía a los presos a los que se acababa de abrir la jaula; allí no había nadie más a quien recoger.

Con las manos en los bolsillos y las suelas de los zapatos tan gastadas que me hacía falta comprar otros zapatos, pues no había supuesto las millas que iba a hacer caminando de un lado a otro del patio de la prisión o dentro de la celda, como fiera enjaulada, llegué hasta el poste que señalaba la parada del bus donde tenía que esperar. Aquel día, por lo visto, la puerta de la jaula sólo se había abierto para un pájaro de cuenta y ese, era yo.

Bostecé, no tenía ni un paquete de cigarrillos. Qué digo, lo que no

tenía era ni un maldito cigarrillo. Cuando esperas, un pitillo te hace compañía y te hace sentir menos estúpido.

La verdad es que antes de llegar a la cárcel ya había dejado el vicio de fumar, pero dentro de la penitenciaria me había reenganchado. Ahora, quizá debía volver a dejarlo y aún no sabía si optar por los caramelos de menta, por una sesión de acupuntura que aseguran te quita el vicio de fumar o simplemente enviar al carajo a todos los cigarrillos que me ofrecieran en adelante.

Por la carretera en la que yo estaba, apenas pasaba nadie. Era un desvío de la general que tomaba el bus para recoger a los libertos o para que pudieran llegar hasta allí los nuevos reclusos encerrados en furgones que parecían especiales para transportar dinero.

Unos frenos chirriaron.

Volví la cabeza y junto a mí descubrí a un «Toyota» rojo oscuro. Era un último modelo, no cabía duda; aquel modelo no lo había visto yo antes de que me metieran en «chirona».

La portezuela se abrió junto a mí. Pensé que iba a salir alguien, los cristales eran polarizados.

—Vamos, sube —me ordenó una voz de mujer.

Como cuando una mujer me ordena algo que me gusta soy débil y sumiso, opté por subir al coche. La miré antes de cerrar la portezuela. Tenía una abundante cabellera de color castaño claro. Los ojos eran de color miel, grandes y vivaces. Los labios, idénticos a los que soñábamos en las noches de amargura dentro de la penitenciaría y las piernas, magníficas por lo que alcanzaba a ver. Llevaba la falda subida por encima de las rodillas para conducir con mayor comodidad.

Algo receloso, miré por encima de los respaldos de los asientos y descubrí un perrito no muy grande pero feo como la madre que lo parió; bueno, en aquel engendro también debía tener algo de culpa el padre.

Tenía cara de boxer atigrado; sin embargo, era un perro pequeño. Su color era marrón

oscuro y no parecía ofrecer mucho amor ni simpatía. Abrió la boca y me mostró los colmillos. No eran muy grandes, pero parecían afilados. Dio un ladrido, demasiado bronco para lo que podía esperarse de él, y yo pregunté:

—¿Lo llevas siempre sin bozal?

La desconocida, tan hermosa como excitante, sonrió para responderme:

—Es más peligroso de lo que parece y está entrenado para dar desagradables sorpresas. —Luego, me preguntó—: ¿Te llevo a San Francisco?

—O.K. —respondí—. Cuando me encerraron en la cárcel, los autobuses llevaban entre cuarenta y sesenta pasajeros. Me gustan más estos de ahora, para cuatro pasajeros y una conductora de tan buen ver.

El «Toyota» rojo oscuro arrancó demostrando que tenía un magnífico reprise. La desconocida le daba al pedal del acelerador con firmeza. Observé cómo se tensaban los músculos de su pantorrilla y no era por nervios.

El perrito, que según la desconocida estaba entrenado para dar sorpresas desagradables, continuaba enroscado sobre el asiento posterior.

—¿Por qué te encerraron?

Me pregunté si aceptaría bien la verdad. Era mala cosa que pisara el freno y me pidiera que me apeara. Ya estaba lejos de la parada del bus y si pasaba algún patrullero por allí y me veía a pocas millas del penal, caminando junto al arcén, podían esposarme y regresarme a la cárcel y hasta que se aclarasen las cosas, yo pasaría un mal rato. Además, me reventaba tener que

darle la razón al funcionario de prisiones que con la mirada me había dicho: «Volverás.»

—Por una tontería. Me peleé con un tipo que resultó hijo del sheriff de un pueblecito de mala muerte.

-¿Y él?

—Bah, mejor olvidarlo, ya estoy libre.

—¿Qué hacías antes de ir a la cárcel?

—He sido fotógrafo de prensa y he trabajado en una agencia de detectives. Quise montar el negocio por mi cuenta, pero vi que

demasiados habían pensado lo mismo que yo la teta no da para tanto. En fin, también he hecho algunas otras cosillas.

—¿Y qué harás ahora, ponerte de matón de taberna?

—¿Crees que doy el tipo? —pregunté con sorna, torciendo el gesto.

—No, tú no eres de esos, aunque imagino que saldrías bien librado de una pelea.

—Mientras el otro no fuera un Cassius Clay.

—Conozco a un tipo que puede darte trabajo.

—¿Sí, y de qué, empleado de gasolinera, vendedor de seguros a domicilio?

—No sigas, la verdad es que no sé de qué. Creo que en realidad está buscando a un tipo que tenga la sangre fría y sea capaz de jugárselo todo a una carta —dijo ella, entrando en la carretera general.

—Creo que ese puedo ser yo, aunque no me gusta perder, ni que me tomen el pelo.

Abrí la guantera, ella me vigiló de reojo. Tomé un paquete de cigarrillos que vi allí y puse uno entre mis labios. Le prendí fuego con el encendedor del propio coche, pues yo no tenía encima ni un sobrecito de fósforos y tras darle un par de caladas, lo pasé a los labios de ella.

De pronto, al ver como los hermosos labios se cerraban alrededor del pitillo, me acordé de que había estado un año encerrado y sin un solo bis a bis que me relajara. La desconocida me excitó, tengo que reconocerlo.

—Gracias —dijo, tras dar una chupada y apartar el cigarrillo de su boca con la mano izquierda. Yo encendí otro para mí.

Alargué mi mano y se la pasé por el muslo, sentí que me electrizaba. Ella pisó el freno y nos detuvimos al borde de la carretera. El frenazo fue tan brusco que casi me parto la cabeza contra el cristal parabrisas.

—Anda, ponte el cinturón de seguridad. Atadito, viajaremos mucho mejor los dos.

Me di por enterado. La desconocida no quería resultar facilona. Si había algo que

«catar» con ella, tendría que dar algunos rodeos, vamos, ligármela con paciencia. Me resigné. Si había esperado un año, ¿cómo no iba a poder esperar un día más?

Con fondo musical, el «Toyota» nos condujo a Berkeley, la ciudad residencial en la bahía de San Francisco. El viaje resultó muy agradable.

Nos tomamos unos sandwiches y unas cervezas en una estación de servicio y pagó ella.

Seguía pensando que era mi día bueno, aunque no de suerte total. Me hubiera gustado seguir acariciándola.

Junto a la carretera, había varios moteles, pero pasamos junto a ellos a gran velocidad.

A la desconocida le gustaba pisar a fondo el acelerador. Estaba claro que no era una mujer rebosante de deseos sexuales que salía a la carretera en busca de un par de

«pistones» repletos de aceite.

Entramos en Berkeley ya noche cerrada. Las farolas iluminaban el asfalto, y de pubs, cafeterías, snacks, clubs nocturnos y otros lugares similares, salía la música vibrante.

Conocía Berkeley bastante, mucho mejor que algunos que presumían de haber mamado la sabiduría de la ciencia, la historia y la filosofía de la universidad de aquel lugar. Allí nacieron los movimientos de protesta, los ya casi olvidados hippies. Para algunos muchachos de ahora, los hippies eran ya seres casi de la prehistoria; sin embargo, estaban ahí, muy cerca en el tiempo.

No hay lugar en el mundo donde puedan encontrarse más sectas religiosas o pseudo religiosas que en Berkeley, junto a San Francisco.

Berkeley es la cuna, la Meca, la Roma Vaticana, el Katmandú o cualquier otro lugar similar. En Berkeley están las casas-madres de muchas de las sectas que se esparcen por el mundo prodigando paz y amor o succionando el dinero de los incautos e indecisos.

Por supuesto, no estoy en contra de nada ni de nadie, lo difícil es diferenciar al primer golpe de vista a quien te ofrece paz, amor y amistad, del que utiliza las pseudo-religiones para satisfacer sus propios egoísmos, amasar dinero y dar satisfacción a sus

megalomanías psicopáticas. Los hay de una clase y también de la otra, y seguidores los hay para todas las sectas.

Nos detuvimos frente a un semáforo. Yo estaba cansado de tanto viajar, así es que supuse que ella lo estaría aún más.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas —le observé.

—Nathaly.

—Yo me llamo Lear.

—Me recuerda a Shakespeare.

—Sí, pero yo no soy rey de nada. —Esperé unos segundos antes de preguntar—:

¿Cuándo me vas a llevar a ver a tu amigo? Estoy con los bolsillos vacíos.

—Te llevo ahora mismo. —Sacó una tarjeta de un bolsillo y me la tendió—. Si hay suerte, llámame.

En la tarjeta estaba impreso el nombre de Nathaly y un número de teléfono, muy poca cosa para poder localizarla, pero peor hubiera sido que me dejara plantado en plena calle y se alejara con su «Toyota».

Nathaly detuvo el coche frente a un portal que se hallaba entre un gimnasio que parecía estar abierto pese a ser de madrugada y un night club que tenía todos los cristales negros.

—Entra ahí, llega hasta el fondo y cuando veas la puerta «B», llama.

—¿Y si se acuerdan de mi madre?

—Cuando pregunten, di que vas de parte de Nathaly. —Hizo una pausa y me deseó—: Suerte.

Me quedé con las ganas de besar aquellos labios y me dije que si no cambiaba pronto el aceite de los «pistones», iba a reventar por un exceso de presión. Nathaly se alejó con su magnífico coche japonés, dejándome en la noche de Berkeley.

CAPITULO II

El vestíbulo mal iluminado olía a humedad, a fruta abandonada y podrida. ¿Quién podía vivir allí, capaz de ofrecerme un trabajo que pudiera interesarme?

La respuesta sólo la encontraría al otro lado de la puerta «B». Decidido, llamé al botón del timbre. Ni estoy sordo ni bebido ni soñando, pero el caso es que no oí el llamador eléctrico y llegué a dudar de su funcionamiento, por eso insistí.

—¿Qué quieres? —preguntó una voz muy grave, casi rota, que no supe de qué orificio salía.

—Vengo de parte de Nathaly —dije, con la profunda sensación de que era un ingenuo.

La puerta se abrió y me enfrenté a otro corredor también mal iluminado. Frente a mí no había nadie. No es que hubiera esperado una compañía de marines con banda y música para recibirme, pero aquella soledad me obligó a fruncir el ceño.

Se suponía que un tipo como yo, que acababa de salir de la cárcel del Estado por cumplir condena, estaba hecho a todo. Confiaba en mis puños y en mi agilidad, pero no llevaba ningún arma conmigo.

Después de todo, ¿qué podían robarme? Dinero no tenía, joyas tampoco, ni drogas, nada que valiera la pena salvo la vida y me dije que eso sí era importante, cuando menos para mí.

Había puertas a los lados, pero yo me dirigí a la que estaba al fondo.

Me detuve un instante para no hacer ruidos que me impidieran oír otros. Tomé el pomo de la puerta, lo hice girar y éste cedió sin problemas.

Me encontré en una sala octogonal que tendría aproximadamente unos ocho pasos de diámetro. Pude ver ocho puertas, una en cada lado de la pared, incluyendo la puerta por la que yo había accedido a la extraña sala completamente vacía de mobiliario y ventanas.

Aquella estancia había que considerarla como un amplio distribuidor. De pronto, se apagó la luz y sonó un portazo.

—Eh, ¿qué broma es ésta? —pregunté en voz alta.

Escuché un rumor, como de un roce, que no supe a qué atribuir. Tomé la determinación de acercarme a tientas a las puertas porque recordé que no llevaba cerillas ni encendedor conmigo.

Cuando la luz se hizo de nuevo y volví a encontrarme rodeado de puertas, exactamente ocho, todas iguales, todas cerradas, si me hubieran preguntado por cuál había entrado, no habría podido decirlo.

Dudaba de que mi intuición funcionara bien en aquellos momentos y tampoco poseía el olfato de un perro para poder seguir mi propio rastro.

—Dirígete a la puerta «cinco» —me ordenó la misma voz que antes me había dicho que podía pasar.

—¡No estoy para bromas! —advertí en voz alta.

Me acerqué a las puertas y pude ver unos numeritos minúsculos. Me encaré con la cinco, giré el pomo y la puerta cedió sin dificultad.

Me encontré frente a un corto pasillo, al final del cual había espesas cortinas negras.

Permanecí unos instantes dubitativo. Tenía la impresión de haber entrado en una casa encantada de feria.

No podía demostrar a quienes me estuvieran observando que les tenía miedo. Hundí las manos en los bolsillos y avancé hacia las cortinas.

Un olor a incienso que cada vez se hacía más intenso, fue embotando mi olfato. Aparté la cortina y le vi allí, ante mis ojos.

La luz era escasa y salía de unas lámparas que colgaban de las paredes. No eran eléctricas, sino lamparillas de aceite. En alguna parte debía haber, cuando menos, un par de quemadores de incienso.

Delante de una pared negra, repleta de símbolos e ideogramas orientales hechos con oro, había una butaca austera pero que podía tener todo el simbolismo de un trono.

Un hombre viejo en apariencia, huesudo, calvo, con una puntiaguda barba blanca y unos ojos profundísimos, se hallaba instalado en el sillón de dura madera, tan dura como sus ancianos huesos.

Fumaba de una boquilla que estaba unida a un tubo que supuse de

goma, muy adornado y que terminaba dentro de una especie de marmita de barro que se hallaba sobre unas brasas de carbón o, por lo menos, así me lo pareció.

Me di rápida cuenta de que allí había otras personas, hombres y mujeres, vestidos con austeros saris. Todos estaban calvos o cuando menos, bien rapados y afeitados de cráneo.

Por grupos de tres o cuatro, fumaban de marmitas cerradas.

Pensé que me había metido en un fumadero de opio o algo por el estilo. Allí dentro, nadie decía nada, sólo alguna tos que otra. Si me hubieran dicho que en aquel momento me hallaba en algún lugar perdido de Asia o quizá en otro siglo en vez del veinte, no hubiera podido negarlo. Sin embargo, estaba en Berkeley, al otro lado del puente de San Francisco Bay, quizá en la ciudad más culta de los Estados Unidos.

El viejo del trono tomó entre sus manos una especie de rattle (1) y lo hizo girar. Sonó como una suave carraca y a mí me pareció una serpiente de cascabel.

(1) Sonajero.

Todos los que estaban fumando, sin decir nada, soltaron sus boquillas, dejaron de calentar los almohadones esparcidos por el suelo y se alejaron por el fondo de la sala desapareciendo detrás de una cortina. Quedé solo frente al viejo huesudo. ¿Un gurú, un swami, un chaman, un sensei, un lama o un simple charlatán?

—Imagino que te estarás preguntando muchas cosas —comenzó a decirme con voz gutural y muy lenta.

Me tranquilicé, hablaba en mi idioma y no en alguna lengua oriental. La verdad es que debido a la escasez de luz, resultaba difícil saber si aquel viejo era oriental, euroasiático o americano, de raza anglo-germánica. Todo era allí muy confuso y aún me lo parecía más porque sentía que se me estaban irritando los ojos por el ambiente turbio que allí reinaba y al cual no estaba acostumbrado.

—¿Puede decirme en qué movida estoy metido? —pregunté.

—Yo soy Loveman.

—Creo que he oído hablar de usted —dije, tratando de caerle simpático, aunque seguía mirándolo con recelo.

—Yo soy el fundador y padre de la religión The Light Road.

—Muy bien, ¿y eso es importante? —pregunté, no queriendo parecer deslumbrado por lo que me decía el viejo. Lo que me fastidiaba es que notaba los ojos cada vez más irritados y tenía una sensación como si me hubiera bebido cinco cervezas en ayunas. Si la situación seguía igual, terminaría flotando o totalmente flipado, y eso no me hacía ninguna gracia porque yo no buscaba ningún «camino de la luz» ni amor a manos llenas.

Recuerda, lector, que te he contado que acababa de salir aquel mismo día de la cárcel y mi amor por la humanidad estaba totalmente a la baja.

—Tú no eres uno de mis hijos.

—Ni de sus sobrinos —respondí, sin ánimo de molestar.

—Tú no estás aquí para seguir el camino de la luz y hallar la paz eterna.

—Me temo que yo nací condenado y estoy resignado a mi suerte —repliqué con cinismo.

—No voy a tratar de salvar tu espíritu para la eternidad.

-Muy bien. Entonces, ¿qué es lo que me ofrece?

—Un trabajo, un trabajo hecho a la medida para un hombre como tú.

—Dígame qué clase de trabajo es y nos iremos entendiendo.

—Tú has venido aquí para matarme.

Si hubiera tenido un espejo delante, habría visto arrugarse mi entrecejo y los rabillos de mis ojos. Deduje que si aquel anciano que se hacía llamar Loveman había estado fumando algún tipo de droga (supongo que opiáceos que habrían metido en la marmita que estaba sobre el fuego), debía estar totalmente flipado.

—¿Es una broma? —pregunté.

—No es ninguna broma. Tú estás aquí porque eres el elegido para matarme —insistió.

Aquello ya pasaba de simple broma y busqué la salida con la mirada. Lo mejor era largarse a tiempo, lo mismo que cuando estás en el

cinematógrafo y el rollo que estás viendo te aburre soberanamente.

—Si no tiene otro empleo que ofrecerme, será mejor que me marche. Me temo que no soy su tipo.

—¿No acabas de salir de la cárcel?

—Sí.

—¿No mataste a un hombre?

—Desgraciadamente, sí, pero ya he purgado por lo que ocurrió, ahora estoy limpio.

—Tu corazón jamás estará limpio, eres un asesino.

—Oiga... ¿Sabe que me están entrando ganas de liquidarlo, pero así por las buenas, sin empleo ni pólizas y libre de impuestos?

—Eres muy sarcástico, además de cínico. Tú eres el hombre que necesito.

—Si de veras quiere morir, suicídese y no le cargue el mochuelo a otro.

—Te lo explicaré mejor —comenzó a decir. Se llevó la boquilla a la boca y chupó del humo de la marmita con más fuerza que un bebé de cinco kilos de la teta de una mujer de cuarenta kilos.

Tras aquella calada, volvió a hablarme. En ningún momento me había quitado de encima sus inquisitivos ojillos.

—En realidad, sólo vas a intentar matarme. No lo conseguirás porque habrás de

disparar con el revólver que encontrarás en esa caja. —Señaló una caja que estaba en el suelo, junto al trono, y en la que yo no había reparado.

Antes de que me liara por completo, le objeté:

—No entiendo nada. Quiere que le mate y luego, no quiere que lo consiga. Explíquese.

—Es sencillo. Tengo que llevar a cabo un ciclo de asambleas en las que me veré expuesto a cualquier ataque. Tengo amigos, cualquier líder, cualquier guía de multitudes los tiene y yo no soy una excepción

—me explicó, hablando muy despacio con su voz gutural.

—¿Teme que lo maten?

—Es muy posible que lo intenten. Yo tengo mi propio cuerpo de seguridad, un grupo de personas muy bien preparadas. Velan en torno mío para que nada me ocurra.

—Supongo que sus guardaespaldas son afines a su religión.

—Así es, son miembros de esta colectividad religiosa y en ellos tengo depositada toda mi confianza. Me son totalmente fieles, pero no sé si son igualmente eficaces, no los he sometido a prueba todavía.

—Empiezo a entender. ¿Usted pretende que yo intente matarle para ponerlos a prueba a ellos?

—Exacto. Tú intentarás matarme. Cuando puedas, dispararás contra mí el arma que te entregaré. No lleva balas de verdad, son de foguero más una pequeño carga adicional de sal prensada que deberá tocarme y causarme aunque sea una leve herida en el cuerpo.

No me dispaes a la cabeza y tampoco a las extremidades. A la cabeza, no, porque podrías dañarme los ojos o los oídos con la carga de sal si consigues tu objetivo. En cuanto a las extremidades, tampoco, porque se consideraría que no habría sido tocado de gravedad.

Me pregunté si aquel anciano estaba en su sano juicio; sin embargo, me interesé más por lo que estaba diciendo.

—Y si me descubren sus guardaespaldas, ¿qué sucederá?

—Posiblemente te maten.

—Esto empieza a ponerse cada vez más divertido.

—Es un riesgo que deberás correr —dijo, sin levantar la voz lo más mínimo. Hablaba de una forma monocorde que adormecía. Supuso que aquel anciano sabía emplear distintos tonos para su oratoria. Sí, debía saber hablar muy bien para conseguir que muchos jóvenes de ambos sexos le siguieran.

—Vamos a ver si esto se pone claro. Usted me entrega un revólver preparado para simular un atentado. ¿Voy bien?

—Así es.

—¿Este asunto quedará en secreto entre usted y yo?

—Correcto.

—¿Los guardaespaldas no sabrán nada?

—Se les dirá que un fanático infiel quiere asesinarme.

—Lo que significa que estarán sobreaviso y resultarán más peligrosos.

—Posiblemente.

—¿Qué armas utilizarán ellos?

—Si te lo dijera, sería darte demasiadas facilidades. Debes hacer un trabajo perfecto, propio de un maníaco o de un asesino profesional.

—Y en la hipótesis de que aceptase el trabajo, si consiguiera mi objetivo, ¿luego qué?

—Si llega ese caso, deberás huir y desaparecer porque como seas capturado, no seré yo quien te salve.

—Entiendo, podrían lincharme.

—Posiblemente.

—Oiga, usted me está proponiendo un trabajo de loco suicida.

—No lo creo, tú eres listo y sabrás conseguir tu objetivo.

—¿Y por qué no hablamos de algo más tangible?

—¿Quieres saber cuánto te voy a pagar?

Ni siquiera en aquel momento se sonrió. Su rostro no cambiaba de expresión, parecía la máscara perfecta de la vejez. ¿Por qué aquel anciano quería protegerse tanto, si por ley natural ya no le quedaba mucho tiempo de vida?

—Supongo que ha pensado en alguna cifra.

—Vas a correr riesgo de muerte, por lo tanto es justo que seas recompensado adecuadamente. Tú no harás este trabajo por amor, por la fe en nuestro dios, por respeto a mí que soy el padre espiritual de The Light Road.

—Todavía no ha dicho cuánto —le observé, mal disimulando mi impaciencia.

—Cien mil dólares.

Cien mil dólares era más de lo que podía ganar en tres años en un excelente empleo que seguro no iba a encontrar.

—La cantidad por jugarme la vida, en principio, me parece aceptable. Evidentemente, una vida no tiene precio, pero considero que si acepto esta locura no será para dejar que me maten.

—Ese será tu problema. Si mi guardia personal te captura y te manda a la Morgue, yo me consideraré satisfecho, será un éxito del cual me congratularé.

—Muy bonito. Y ese dinero, ¿cuándo lo tocaré?

—Cuando hayas cumplido tu objetivo,

—¿Y si luego me cuenta que le ha dado la amnesia y que no sabe de qué le hablo?

—Tendrás que confiar en mi palabra, y en un cheque contra una cuenta corriente cifrada en un banco suizo.

—¿Es allí donde llevan todos los «pavos» que sacan con el cuento de la religión?

—No seas impertinente, no te voy a tolerar nada. Tú sólo eres un ex presidiario del que me voy a olvidar en cuanto salgas de aquí.

—Un momento, todavía no le he dicho que acepto. Quiero algo por adelantado.

—Es justo, tendrás diez mil dólares en metálico.

—Me parece bien —acepté sin vacilar. Las cifras tintinearón alegremente en mis oídos—. Por cierto, ¿y si me largo con el revólver y los diez mil en el bolsillo y desaparezco?

—Si tomas tal decisión, habrás firmado tu sentencia de muerte. Un día u otro, mis fieles darán contigo y te ejecutarán allá donde te encuentren.

Me adelanté hasta la caja. Era como las que se utilizan para llevar los tubitos de pintura los que gustan de pintar. La abrí y allí estaba todo,

el cheque contra una cuenta cifrada de la banca suiza, diez mil dólares en billetes de distintos valores y un Colt Army calibre 41, modelo 1873, bastante pasado de moda.

Lo empuñé y se lo mostré, objetando:

—Por lo menos tiene un siglo.

—No tanto. Es muy efectivo y está en perfectas condiciones. Es un arma muy buscada por los coleccionistas.

—Será mejor dispararle con un rifle de alta precisión con mira telescópica incorporada.

—Sí, sería más fácil, pero no podrías disparar tan solo con carga de sal, tendrías que dispararme con una bala de verdad, y mi intención es seguir viviendo. Ah, sólo tiene seis balas, sólo seis oportunidades, y no podrás dispararme a más de diez pasos, porque de lo contrario fallaría. No es lo mismo disparar con una carga de sal que con una bala de plomo.

Me guardé el cheque que me pareció lo más valioso, luego el dinero. Creo que jamás había tenido tantos billetes juntos en mis manos y por último, metí el revólver entre el borde del pantalón y la camisa. El cinturón hizo la presión necesaria para que no pudiese perderse el arma.

—Ahora me va a contar por qué lugares va a ir a sus asambleas.

—Lo sabrás dentro de dos días.

—¿Cómo? —pregunté.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás —repitió—. Ahora, márchate y que tengas suerte, te va la vida en ello, la vida y la condenación eterna.

Antes de que me largara un discurso sobre Satanás y sus torturas y castigos, abandoné aquel lugar. No tardé en verme dentro de la sala octogonal. Una vez más, se apagó la luz.

Oí el portazo, ruidos de fondo y volvió a encenderse la luz. Ya empezaba a acostumbrarme a aquel tiovivo.

—¿Qué puerta me toca abrir? —pregunté en voz alta para que pudieran oírme.

Se abrió una puerta accionada a distancia. Sonreí. Tenía diez mil dólares en el bolsillo, aquella era mi noche de suerte. Me dirigí hacia la puerta, pero quise hacerme el listo y en vez de cruzar el umbral fui a por otra puerta. La abrí y me encontré con una pared de ladrillos. Fruncí el ceño. Abrí otra puerta y me ocurrió lo mismo.

—Resulta divertido —dije en voz alta.

Seguí abriendo puertas. La que me habían dejado para salir era la única que no estaba tapiada.

—Por lo visto, toman precauciones para que no se les cuele ni un gato —mascullé, y salí por el corredor.

Al poco, me encontraba en la calle, justo cuando se abría la puerta del gimnasio y salían de él unos tipos impresionantes a juzgar por su aspecto físico. No hubiera deseado pelearme con ninguno de ellos y menos con más de uno.

Silbé, un taxi se detuvo y subí a él.

—¿Adónde le llevo?

CAPITULO III

Aquella mañana me pareció que el sol brillaba más.

No quise pensar en si estaba loco y me desayuné a lo grande. El hotel no era una primera, pero tampoco tenía necesidad de quemar los dólares, no sabía cuánto tiempo habían de durarme.

Me hacía falta un coche. Tenía ya dinero para comprármelo, pero no quería gastármelo todo. Pensé en un coche de segunda mano y para estos casos, los mejores coches son los europeos.

Conocía cuatro o cinco parques de compra venta de vehículos usados y opté por desplazarme hasta uno que conocía bien y en el que había trabajado vendiendo coches por el larguísimo período de un mes.

Allí, conocía a un tipo llamado Percy. Me encontré a dos vendedores que husmeaban por encima de los capós buscando un comprador que echarse a las mandíbulas. Percy estaba en la oficina.

—Hola, Lear, ¿cuánto tiempo sin verte? ¿Dónde has estado?

—De vacaciones. Por cierto, ya veo que has ascendido.

—No me va mal. ¿Buscas empleo?

—No, busco un coche.

—Pues aquí encontrarás los que quieras —me dijo, dándome una amistosa palmada en el hombro.

—Sí, ya lo sé y conozco los entresijos, de modo que no alarguemos la situación. Quiero el mejor coche por el mejor precio.

—Eso lo quieren todos, Lear.

—Sí, y ya sé que nadie lo consigue. —Bajé la voz para hablarle al oído —. ¿Te acuerdas de aquella ocasión en que te quedaste quinientos de una comisión que no era tuya?

—¿Yo? No recuerdo.

—Sí, hombre, el coche era blanco. Buscando en los archivos, creo que se puede encontrar. Fue una venta rápida y a ti te hacía falta «pasta» para salir con una tía de formas ampulosas, recuerdo bien a la mujer; pero, ¿para qué hablar de ella? ¿Crees que encontraré el coche que busco?

Percy carraspeó delante de mí, era como si llevara el cuello de la camisa demasiado prieto.

—¿Qué clase de coche quieres?

—Uno europeo, alemán o sueco.

—Tengo un «Mercedes» deportivo. Habría que hacerle algunos arreglos, tiene varios años y algunas rascadas de chapa.

—Ya, para dejarlo a punto habría que gastar dos mil pavos además de lo que valga.

—Veo que estás en forma. Podrías vender coches si quisieras, tienes simpatía natural.

Además, las mujeres se te dan muy bien y ellas compran mucho.

—Te daré dos mil, me lo pasas por el mecánico y lo dejas a punto.

—¿Qué dices, estás loco? Por lo menos son cuatro mil y aún así, es un regalo.

—¿Un regalo, rascado de chapa, por arreglar y con varios años sobre el chasis? El regalo

te lo hago yo comprándolo. Mañana pasaré a buscarlo. Que le den una manita de pintura, no soy muy exigente. Ah, y que la documentación esté en regla.

Percy puso cara de disgusto, pero yo estaba seguro de que me entregaría el coche. Los vehículos de segunda mano, con algunas averías y rascadas en la chapa, podían sacarse a buen precio, resultaban interesantes siempre que las averías no fueran graves.

Me cambié de ropa. En unos almacenes busqué algo cómodo, una cazadora algo larga de piel de napa en color beig, camisa nueva, un pañuelo granate para el cuello y unos pantalones oscuros. No llevaba conmigo el revólver Frontier, el Colt que debió ser fabricado en el siglo pasado y que a mí no me parecía una imitación para turistas. Quizá algún pistolero había usado aquel arma.

Por supuesto, yo no iba a llevar canana ni revolvera, tenía que esconderlo para usarlo en el momento adecuado. Era demasiado voluminoso, treinta centímetros de largo y diecinueve de cañón. Aquello no era fácil de manejar y parecía un cañón, sólo le faltaba la cureña.

Entré en una armería y compré una caja de cartuchos del cuarenta y uno que ya creían no tener en existencia. Si el calibre hubiera sido un treinta y ocho o un cuarenta y cinco, habría resultado todo más fácil.

Al fin, encontré la caja. Me dije que tenía que probar si el revólver funcionaba. Iba a meterme en un follón de campeonato y era mejor que tomara mis precauciones.

Unos guardaespaldas normales y bien entrenados podían resultar peligrosos, pero si encima eran fanáticos de una secta religiosa, era como dar martillazos a una botella llena de nitroglicerina.

Hubiera deseado hacer muchas cosas más. Apenas había desplegado mis alas de libertad, pero recordé el número de Nathaly.

Me acerqué a un teléfono público, introduje un níquel y llamé. Por más que aguanté la llamada, no hubo respuesta. Nathaly no estaba donde yo hubiera deseado que estuviera.

Algo decepcionado, tomé un taxi.

Pasé el puente y llegué a San Francisco.

La redacción de la revista *Old Papers* me pareció aún más vieja y destartalada que cuando yo la había dejado. Había paquetes de revistas por todas partes, supuse que eran devoluciones. Las paredes estaban llenas de posters de chicas en cueros.

Dos tipos pasaron por mi lado un par de ocasiones, sin decirme nada. Un tercero, con los pies sobre la mesa y el cenicero encima de la máquina de escribir, hablaba por teléfono y reía con mucho sarcasmo, yo no sabía de qué.

Me filtré entre otras mesas vacías y vi una puerta entreabierta. Asomé la cabeza y un tipo bajo, gordo y con bisoné, me gruñó:

—No hay trabajo, estamos en la bancarrota.

Si aquél era el director, yo no le conocía.

Allí no quedaba nadie de los que trabajaban cuando yo había estado en aquel lugar, suspirando por encontrar una noticia sensacional.

—No le hagas mucho caso —me dijo una voz femenina, muy agradable.

Al volverme descubrí a una chica de pelo negro y brillante, algo ondulado. Por la forma de sus ojos y de su rostro, deduje que debía ser una mezcla de razas, pero había sacado lo mejor de cada una.

Sus ojos negros, profundos, tenían una gran vivacidad. Mascaba un chicle, me mostraba los dientes, parecía reírse, quizá de mi cara.

—¿Trabajas aquí? —pregunté.

—Me faltan dos semanas para seis meses, todo un récord. Si buscas trabajo, has dado en mal sitio. El jefe tiene dos úlceras de estómago y la empresa hace aguas.

—Todo un panorama de futuro —rezongué, dando una rápida mirada al resto del cuerpo de la chica.

Admito que lo hice con cierto descaro. Ella aguantó. De aquella ojeada deduje que su ondulación de caderas era magnífica, que sus muslos debían ser elásticos y de carnes prietas.

Faltaba comprobar por el tacto si tenían piel suave, aunque imaginé que sí. Los pechos no estaban nada mal, altos y fuertes, se notaba que

no llevaba sujetador bajo el jersey. Se movían, juguetones y excitantes, a cada movimiento de la chica.

—Conocí a algunos que trabajaban aquí.

—Es posible que ya no quede nadie, los que no cobran se cansan de aguantar. Esto les sirve como área de experiencias, después se van a otra parte y en el *curriculum vitae* alegan «experiencia en la redacción de revistas».

—Y tú, ¿por qué aguantas si no te pagan? Porque supongo que no cobras.

—Tengo un papá que quiere que llegue a ser una excelente periodista y me envía un cheque todos los meses para mi subsistencia.

—¿Y si no te llegan a pagar nunca?

—Papá es abogado y ya le he consultado. Cuando llegue a una determinada cantidad de deuda, les pondremos pleito, pero eso no lo digas, es secreto de estado.

Menudo secreto si se lo soltaba al primer desconocido que se le ponía por delante. La chica me cayó bien, muy bien, creí que debía confiar en ella.

—Yo trabajé aquí como fotógrafo de prensa, fueron tiempos ya casi olvidados.

—Me pareces demasiado joven para hablar de tiempos olvidados —objetó.

—Es que yo vivo muy aprisa. Es como si tuviera cien años, pero con la alegría de los quince.

—¿Y la potencia y agresividad masculina de cuántos?

—De los que tengo, veinte y...

Me tapó la boca con sus dedos, sin dejar de sonreírme.

—Me gustan los enigmas. No me digas cuántos años tienes, algún día lo averiguaré yo.

No dije mi edad. Pensé que en algún otro momento ella y yo podíamos jugar a las adivinanzas y resultaría muy divertido.

—Verás, estoy aquí porque quiero algo de información sobre una secta religiosa.

—Tú dirás cuál, tenemos muchas aquí en San Francisco. Las hay satánicas, orientalistas, pseudocristianas, pseudomahometanas, taoistas, etcétera.

—De la que yo busco algo de información, se llama The Light Road.

—Ah, ya, esa es importante y sube como la espuma. Esto es como la bolsa, unas suben y otras bajan hasta desaparecer según las modas y las depresiones de los que buscan una secta donde solventar su neurosis.

—Quiero saber algo más. He estado fuera, lejos de aquí durante algún tiempo.

—¿Quieres hacer un reportaje sobre esa secta?

—Podría ser, todavía no estoy muy seguro.

—Buscaré lo que tengamos, ven conmigo.

La seguí. Sus nalgas bien redondeadas se movían con una cadencia que secaba la garganta, contemplarlas era un auténtico placer para la vista.

Tecleó en una terminal de ordenador y fueron apareciendo datos en la pantalla.

«The Light Road, secta religiosa fundada por Loveman, de nombre Daniel Sho Wilde.

Hijo de padre americano y madre coreana.»

No había más datos sobre Loveman y en la pantalla del terminal del ordenador continuamos leyendo:

«The Light Road tiene aproximadamente dos millones de seguidores en América.

También tiene seguidores en Europa y Asia, especialmente en Corea y Formosa, en la India y Tailandia. El número de sus seguidores no es exacto, son datos facilitados por la propia secta...»

Cabía suponer que Loveman y sus acólitos habrían inflado las cifras de adeptos para mejor hacer su propaganda. ¿Cuántos eran sus seguidores? Ni ellos mismos lo sabrían, o quizá sí, contando a los que

giraban dinero a la cuenta bancaria de la secta de una forma periódica y permanente porque las donaciones esporádicas eran de difícil cálculo.

Los que se morían eran quienes dejaban más beneficio a causa de las herencias que esta clase de sectas recibían de sus seguidores.

—¿No hay nada más? —pregunté.

La periodista se encogió de hombros.

—¿No han tenido problemas?

—Parece que sí han protagonizado varios tumultos.

—¿Alguno de sus miembros ha sido procesado y sentenciado?

—Podríamos conseguir la lista de sus principales miembros y entonces habría que buscar sus antecedentes penales y averiguar desde cuándo los tienen y a la vez desde cuándo funcionan dentro de la secta. De este modo se podría relacionar sus hipotéticos y posibles delitos con la propia secta.

—Magnífico —aprobé—. Además de una excelente periodista serías una buena picapleitos. Oye, me imagino que aquí trabajas poco.

—No lo creas. Como llevo tiempo sin cobrar y sigo trabajando, cuentan conmigo para lo que sea.

—¿Podrías hacer algún trabajo extra fuera de esta redacción?

—¿Para la competencia?

—No, encanto, yo no soy la competencia, simplemente me intereso por esa secta The Light Road.

—¿Y por qué te interesas tanto?

—Quizá porque quiera organizar una «movida». Si al final de todo sacas un buen reportaje, es tuyo y lo publicas aquí o donde te dé la gana, pero hasta que no termine todo, silencio total.

—Empiezas a interesarme. ¿Qué es lo que tendría que hacer?

—Buscar las fichas personales de los principales miembros de la secta y los antecedentes penales de todos ellos con cuantos más datos mejor. Quiero saber qué caras tiene el dragón y con cuantos colmillos cuenta.

—¿Y qué vas a pagarme por este trabajo?

—Mil dólares.

—¿Uno de los grandes? Es mucho trabajo y poco dinero.

—Yo te pago en contante y sonante; si quieres, en un saco de monedas. En cambio, los de aquí no te pagan.

Quedó pensativa.

—¿Mil dólares, has dicho?

—Eso es.

—¿Cuánto por adelantado?

—Nada.

—¿Nada? Eso no da ninguna confianza —me respondió, pero yo vi en sus ojos deseos de colaborar.

—¿Cómo te llamas?

—Angie.

—Bien, Angie, tienes dos soluciones: Confiar en mí o no confiar. Si me haces el trabajo, yo te pago, pero te advierto —hice una pausa para prender fuego a un cigarrillo, los ojos de ella preguntaban.

—¿Qué?

—Soy un tipo muy peligroso con las mujeres y tú me gustas mucho.

—No te preocupes, sé defenderme.

No quise poner en duda su respuesta.

—Mañana te llamo. ¿De acuerdo?

—¿Cómo te llamas tú?

—Lear.

—De acuerdo, Lear. Mañana llévame a cenar y lleva quinientos pavos por si llevo algo de lo que tú pides.

Sonreí. Le puse los dedos en la mejilla y me incliné para besarla en los

labios. Ella aguantó pero no correspondió. Comprendí que no era una chica facilona, por eso me gustó más, pero no sería ella quien me relajase a plazo inmediato. De pronto, al volver la espalda a Angie, en mi cabeza vi el número de Nathaly.

CAPITULO IV

El apartamento de Nathaly no era muy grande ni estaba en un edificio recién construido. Aquel bloque de apartamentos tenía cierta elegancia y unos cinco lustros sobre sus ladrillos.

Estaba en el Bulevard Cervantes y como ella vivía en un piso alto, podía verse parte de la bahía. A la izquierda, como dibujado con lápiz sobre el fondo azul, destacaba el Golden Gate. Junto con el tranvía, era lo más característico, lo que más se recordaba de San Francisco cuando uno se había alejado de la ciudad más culta de los Estados Unidos.

El apartamento no sólo no era grande, sino que podía decirse que resultaba pequeño, a excepción de la sala que era amplia y daba a una estrecha terraza sobre la que soplaban el viento del océano.

El perrito y yo no íbamos a congeniar, era algo decidido por ambas partes, pero tampoco íbamos a pelear. Pese a sus afilados colmillos, debía darse cuenta de que yo era más poderoso que él y por mi parte no podía olvidar que era el perrito mimado de Nathaly, de modo que el chucho y yo iniciamos una tregua de paz.

Nathaly apareció con un complet sin mangas de color amarillo limón, de ropa sedosa que se ajustaba mucho a su busto hasta la cintura.

El pantalón era de pinzas, algo ancho, sugiriendo más que mostrando.

Los ojos de Nathaly me parecieron envolventes, cálidos y sugestivos. Sus labios carnosos estaban brillantes, húmedos. Se acercó mucho a mí, tanto que las puntas de sus senos, envueltos en la tela amarilla, me tocaron el abdomen.

Posé mis labios sobre los de ella. Nathaly entreabrió la boca y yo le acaricié los dientes con la lengua. Los separó y las puntas de ambas lenguas se encontraron.

Alargué mis manos hacia su cintura, la cogí y la atraje hacia mí. El tacto de la tela era agradable e imaginé que el de la piel aún lo sería más.

Se escuchó un ladrido bronco.

Maldije al celoso animal, y me hubiera olvidado de él de no haberse zafado la mujer de mí.

—¿Te preparo un whisky con hielo? —me preguntó, con una sonrisa de disculpa por haber escapado de mis manos, de mis labios.

Con aquella sonrisa prometía mucho, me pedía que no me enfadase y que tuviera algo de paciencia.

—De acuerdo, tomaré un trago —dije—. Por cierto, ¿qué haces con el chucho cuando te molesta?

—«Chippy» no me molesta nunca.

—Pues, ya ves, a mí sí —respondí.

Fui hasta la puerta de la terraza que era una cristalera, la abrí y regresé junto al perro.

Me incliné sobre él y me mostró los dientes gruñendo amenazador. La tregua entre ambos se había roto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Por ser la primera vez que me gruñe, no lo voy a lanzar por encima de la baranda,

pero...

Hice un amago con la zurda. El animal se lanzó sobre mi mano para marcármela con sus colmillos. Tenía una perfecta dentadura de animal de presa, pero por suerte para mí, yo tenía más inteligencia que él y mientras trataba de cazarme la mano, yo le cogí por la diestra por detrás del cogote.

Como no pesaría más de cuatro o cinco kilos pese a su cabeza de boxer, pues el animalito tenía el aspecto deforme de un perro enano, lo levanté y lo llevé a la terraza.

El can pateó en el aire y siguió gruñendo hasta que consiguió dar un ladrido. Lo lancé a lo largo de la estrecha y larga terraza como si fuera una bola de bolera.

Antes de llegar al final, en animalito recuperó el dominio de su cuerpo y regresó a la carrera junto a mí, dispuesto a seguir luchando por su dignidad, pero ya era tarde, yo había cerrado la cristalera cuyo vidrio debía tener más de un cuarto de pulgada de grosor.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Nathaly.

—Nada grave, sólo pretendo que tome un poco el aire.

—No puedo verlo sufrir —dijo la chica, corriendo las cortinas.

Tuvimos que escuchar unos cuantos ladridos. Nathaly puso en el compact de láser un disco pequeño pero magnífico. «Chippy» dejó de ladrar. Se quejó un poco como si lo hubieran apaleado y después, se hizo el silencio.

Comencé a beber whisky con hielo bastante satisfecho. No todas las mujeres aceptan bien la separación de su perrito.

—De modo que has aceptado el trabajo —dijo, sentándose a mi lado.

Podía haber puesto mi mano sobre su muslo, pero decidí no precipitarme.

—¿Qué sabes de Loveman?

Creo que no le sorprendió la pregunta, la esperaba.

—Loveman es un hombre especial, un hombre como nacen pocos a lo largo de la historia. Tiene carisma. Si pudiera utilizar la televisión para propagar su imagen y su verbo, arrastraría grandes multitudes.

—¿Me estás hablando de un Confucio, de un Buda, de un Ghandi, de un Martin Luther King?

—Bueno, yo no entiendo de ideólogos con carisma, pero sé que Loveman es importante y aún puede serlo más.

Puse en duda las palabras de Nathaly, pero no estaba en su apartamento para llevarle la contraria, cuando menos de principio.

—¿Tú eres seguidora suya?

—No.

—¿Por qué?

—Soy una persona sin fe.

—¿En nada?

—En nada que se refiera a las religiones. Soy agnóstica, necesito que me demuestren las cosas.

—Creo que en eso nos parecemos —dije, y chupé del cigarrillo.

Ella se relajó un poco más en el sofá, sus muslos quedaban demasiado cerca de mí y creo que hasta sentía el leve calor que se desprendía de ellos.

—Te estás preguntando cuál es la relación que tengo con Loveman, ¿verdad?

—Sí.

—Soy sobrina suya en segundo grado. Trabajo en publicidad y les he hecho algún que otro trabajo. Loveman me encarga cosas que prefiere no confiar a sus seguidores.

—¿Y te paga?

—Sí. Yo no creo en todo lo que dice, ya lo sabes, le respeto, eso sí, pero no soy hipócrita y Loveman lo sabe. Me pide alguna colaboración, yo la hago, me paga y hasta la próxima.

—¿Y mantenéis la relación familiar?

—Sólo por guardar las apariencias.

—¿Y cuánto te ha pagado por encontrarme a mí?

—Todavía nada, y según cómo te vayas mostrando, no aceptaré nada por este trabajo.

—Cuando te acercaste con tu coche al penal, sabías que era yo quien estaba esperando el autobús, ¿verdad?

—Yo no te conocía.

—Pero, es posible que conocieras mi expediente.

Sonrió maliciosa, me pareció que trataba de escabullirse de la situación.

—¿Qué importa?

—Sí importa, quiero saber por qué me escogisteis.

—Porque has estado poco tiempo en la cárcel, pero el suficiente para moverte bien entre los carcelarios y haber aprendido de ellos.

—¿Sólo por eso? —pregunté, incrédulo.

—Y porque eres capaz de matar.

—¿De veras piensas que soy un asesino?

—Sé que mataste a un hombre.

—Lo maté a golpes. Aquel tipo había drogado a una niña y después la violó. Yo la conocía, pero no se pudo demostrar que él fuera el culpable.

—¿Ella murió?

—No, fue peor, perdió la razón. Le metió basura en las venas y le afectó al cerebro, la niña quedó idiota, pero yo sabía que era él.

—¿Homicidio involuntario?

—Esa fue la calificación que yo acepté. El fiscal no quiso cargar la mano sobre mí y el juez me puso un

año y un día, yo tuve un agravante en el proceso.

—¿Cuál?

—Soy cinturón negro de Karate. El miserable no sabía más que abusar de las niñas. Por lo tanto, ante la ley, yo estaba en ventaja sobre él. En fin, mejor olvidarlo. Por cierto,

¿sabes qué clase de trabajo me ha encargado Loveman?

—No, y mejor que no me lo cuentes.

—¿Tienes miedo?

—Digamos que The Light Road es una secta religiosa demasiado importante. Cuando se mueve a mucha gente, también se mueve mucho dinero, no se puede evitar, y entrometerse es poco recomendable. Si te han contratado a ti, un ex carcelado, será por algún motivo oscuro que prefiero no conocer.

—Haces bien. Quizá dentro de unos días tengas que venir a reconocerme a la Morgue,

dejarán que me enfríe sobre una losa antes de hacerme la autopsia.

—No digas eso, por favor.

—¿Sabes una cosa, Nathaly?

Le brillaron los ojos, creo que sabía qué iba a decirle. Me incliné sobre ella, la besé en la boca y empecé a abrirle el complet, era como sacarle una sedosa cáscara, lo bueno estaba dentro y no me equivoqué.

Lo siento, no puedo añadir más detalles de lo que hice a partir de aquel momento, tacharían esta confesión de porno.

Las cosas no estaban mal para mí. Nathaly estaba rica, muy rica, tal como había imaginado. Ahora, amigo, bébete por lo menos un trago de agua, remoja tu paladar... No te voy a contar lo hermosos que eran los pechos de Nathaly, no te voy a explicar cómo los succioné con delicadeza y noté como los pezones se erectaban entre mis labios, no te voy a contar que...

CAPITULO V

El «Mercedes» deportivo no quedó flamante. La capa de pintura que le habían dado dejaba bastante que desear, pero por lo menos cubría las rascadas y brillaba.

Con el motor fui más exigente y respondió a lo que yo pedía. Era una buena máquina y el mecánico que arregló las averías que podía tener debía ser un tipo que amaba su profesión.

Tomé la estatal 101 y luego salí por una carretera de segundo orden. San Francisco y su área metropolitana era muy grande y buscar un lugar apartado y tranquilo para probar un revólver resultaba muy difícil.

Al fin, me filtré entre unos cultivos de melocotones tras dejar el coche bajo una sombra.

Colgué de uno de los melocotoneros una de las dianas de cartulina que había comprado. Me situé a veinte pasos contados. Observé la diana con atención, abrí el tambor del revólver y lo vacié.

Guardé los cartuchos de sal en uno de los bolsillos de la cazadora y saqué las balas de cuarenta y uno que había comprado. Cargué el revólver.

No iba a hacer de John Wayne, Gregory Peck o Gary Cooper; no llevaba un revólver pegado al muslo al estilo del Oeste, iba a apuntar y a disparar. Ignoraba qué podía dar de sí aquel Colt Frontier.

Prolongué mi vista por encima del cañón del arma pasando por lo alto del martillo que mi pulgar ya había echado hacia atrás. Crucé por el punto de mira y cuando vi la diana, apreté el gatillo.

Nunca había presumido de ser un buen tirador, ni siquiera había tenido un arma hasta entonces salvo la que me dieron en la «Army» mientras llevé el uniforme.

Tronó el disparo, pero mi pulso no vaciló.

El arma quiso apuntar al cielo, pero mi muñeca, segura, la dominó. Volví a disparar tres veces seguidas y fui a ver qué había hecho.

Una bala, ni siquiera tocó la cartulina. Otra, tocó en el lado blanco, sin rayar, y la tercera me proporcionó un nueve. Podía calificar mi

comienzo de malo.

Cambié la diana, hice tres disparos más y sumé diecisiete puntos. Puse una tercera cartulina y conseguí veinticinco. Decidí hacer una última tirada de tres disparos y conseguí veintiocho puntos.

Me sentí muy satisfecho. Había bastado un poco de entrenamiento para demostrarme a mí mismo que era un buen tirador con revólver.

Si aquel gurú de la secta de The Light Road quería que lo matase a una distancia de veinte pasos, con aquel arma podía conseguirlo sin complicaciones.

Hasta ahora, no había sabido de ninguna víctima que pagara porque lo asesinaran, claro que Loveman sólo quería un simulacro. El Papa romano había salido vivo de un balazo, también el presidente Reagan de los Estados Unidos. Loveman también pretendía salir vivo. El que no iba a vivir, si lo linchaban, era yo.

Puse una nueva diana.

Vacíé el cargador de los cartuchos quemados e introduje uno solo de los cartuchos de sal que me diera el fundador de la extraña secta religiosa. No quería desperdiciar

cartuchos, pues sólo tenía seis.

Apunté, apreté el gatillo y...

Clic.

Volví a apuntar, disparé y: «Clic».

El percutor había golpeado de nuevo en el vacío. El cartucho no había llegado todavía al lugar adecuado frente al orificio del cañón. Al fin...

¡Baaang!

Fue un ruido distinto al de los impactos anteriores, pero no dejó de ser un disparo. Me acerqué a la diana, ya sabía que le había dado de lleno.

El centro del blanco estaba perforado y el pegote de sal había quedado incrustado en la corteza del melocotonero. Yo había querido averiguar la capacidad de perforación que tenía la sal y deducir, en consecuencia, lo que podría ocurrirle al gurú si le disparaba a las tripas.

Me tranquilicé, no iba a agujerearle las tripas, sólo una herida espectacular que después se curaría. Eso le haría salir por las televisiones de todo el mundo, se hablaría mucho de él y conseguiría más adeptos, si es lo que se proponía.

Demostraría al mundo que era capaz de resistir el balazo de un Colt Frontier. Los médicos buscarían la bala sin encontrarla porque la sal se disolvería con la sangre y desaparecería.

«Lear, eres un sinvergüenza», me dije. «Por cien de los grandes vas a contribuir a que ese gurú se haga aún más famoso.»

Me tranquilizó el hecho de que sólo los imbéciles seguirían a un tipo como él. Me hallaba convencido de que estaba loco. Posiblemente fuera un esquizoide, o quizá sólo se trataba de un tipo que quería amasar una cuantiosa fortuna a costa de los incautos que creían en sus palabras de amor y luz.

«Lear, ¿en qué negocio puedes meter las narices que no haga rico a alguien?»

Me tranquilicé. Después de todo, yo me la jugaba. Lo mismo podían matarme (que es lo que en el fondo deseaba Loveman) o podía acabar en la cárcel de nuevo, y aquel maldito funcionario que con la mirada me había dicho «volverás», habría tenido razón.

Regresé a mi deportivo de segunda mano, un coche que me demostró su potencia rebasando a otros sobre el asfalto. Tenía prisa.

Por teléfono había quedado con Angie en un pequeño pero acogedor restaurante del Barrio de Pescadores. Palabra que es un lugar donde se come muy bien el pescado, lo que no puedo decirte es si el pescado ha sido conseguido en alguna población cien millas más al norte o más al sur, porque no creo que lo sacaran de la aceitosa bahía de San Francisco.

Angie no fue puntual. Como yo tenía hambre, Nathaly me había recambiado el aceite de los pistones y me sentía tranquilo, sin nerviosismo, al llegar Angie media hora más tarde, me encontró comiendo una langosta caribeña con mahonesa y bebiendo vino espumoso californiano que resultaba más económico que el francés o el catalán.

—Lo siento —dijo ella, mirándome, como sin ver el medallón de langosta que yo me estaba zampando—. No, no ha sido el tráfico —confesó, sincera—. Me faltaban unos datos...

—Anda, siéntate, aquí sirven de maravilla. Yo sólo he hecho que comer un entrante.

Le di a entender que había que comer con calma. Me hizo caso y al poco, se chupaba

los dedos. Los ojos le brillaban por el espumoso.

Angie me caía bien, era muy hermosa. Sus rasgos, mezclados de dos razas, la hacían aún más atractiva. Angie debía ser especial haciendo el amor, lo presentía; sin embargo, me daba cuenta de que no era una chica facilona. Ella no se pondría en las manos de un desconocido con la rapidez conque lo había hecho Nathaly.

—Oye, ¿tú comes siempre así?

—Pues, la temporada que he estado de «vacaciones» no había comido así ninguna vez

—confesé— y tenía ganas de hacerlo.

—Luego habrá que hacer una buena digestión. Ah, ahora ya puedes darme los quinientos.

Aquella petición me enfrió un poco pese a la botella de espumoso que ya me había bebido.

—Despacio, despacio, primero veamos lo que traes.

—No, no, primero los quinientos.

Torcí el gesto, ella estaba decidida a no ceder. Saqué mi billetera y le di cinco billetes de a cien. Si seguía así, pronto tendría que visitar al gurú para que me adelantara algo más.

—Bien, eso está bien. Ahora, aquí tienes esto.

De su bolso sacó una carpetita azul que yo abrí y en ella encontré varias fichas con fotocopias de fotografías. Leí los nombres y los antecedentes.

—Bravo, te has ganado los primeros quinientos.

—¿Y los otros quinientos?

—Hay que ver si está todo lo que busco y un poco más; pero, no temas, yo soy de los que pagan y no soy ningún yonqui que se gasta la

pasta en el «caballo» o la «M».

—Ya me he dado cuenta de que eres un tipo sano. Confío en ti, Lear.

—Gracias, encanto. ¿Te ha costado mucho encontrar estas fichas?

—Digamos que he tenido que recurrir a las amistades.

—Bien, bien —fui diciendo mientras revisaba las fichas.

Cuatro de aquellos individuos tenían pequeñas condenas por peleas de taberna y portuarias, eran matones de oficio. Sus peleas no debían haber sido casuales ni a consecuencia del alcohol; debían haber sido encargos de palizas, aquella era su profesión.

Puse mi pulgar sobre sus cabezas y los imaginé totalmente rapados y afeitados para que no pudieran sorprenderme si se me acercaban.

Aquellos tipos también podían utilizar pelucas para pasar desapercibidos cuando les conviniera. Tenían algo en común: Los cuatro eran altos y recios, tipos de brazos y puños duros acostumbrados a golpear como en los mejores tiempos del Chicago de Al Capone.

—Esta clase de tipos siempre han existido y siempre existirán —opiné.

—El más peligroso es Louis Tower.

—Sí, ya veo, cuatro veces procesado y siempre encontrado inocente por falta de pruebas.

—Dos veces ha sido procesado por asesinato —puntualizó Angie señalándolo con el índice.

—Todo un profesional del crimen. Es extraño que ande cerca de Loveman que transmite amor. Ese Louis Tower ha de dar por fuerza una mala imagen.

—Por los informes que he obtenido, Louis Tower no pertenece oficialmente a la secta

The Light Road, pero se le ha visto en varias ocasiones en torno a Loveman y, por tanto, mis compañeros de la prensa lo han relacionado.

—Muy interesante. Estos tipos son los que rodean a Loveman para protegerlo.

—Parece ser —comenzó a explicar Angie— que se

ha sospechado de ellos en varias ocasiones cuando han aparecido jóvenes apatizados y abandonados en parques públicos. Es sabido que los drogadictos en ocasiones reciben palizas que les propinan algunos sádicos cuando ellos no pueden defenderse o cuando no pueden pagar sus deudas de droga, pero se ha tenido la sospecha de que las palizas han sido represalias de la secta The Light Road.

—¿Por no ser obedientes?

—Por querer descolgarse de la secta.

—¿Y de la droga?

—Quienes les golpean, y se sabe que más de un muchacho ha muerto, les hacen varios pinchazos por el cuerpo y les inyectan droga. De este modo, pasan por adictos.

—No te caen bien los de la secta The Light Road, ¿verdad?

Angie me respondió con lo que a mí me pareció total sinceridad.

—Este tipo debe ser el que dirige el grupo de matones, al cual imagino que seguirán los fanáticos más obedientes que tenga Loveman.

—Es posible. Esa clase de megalómanos se rodean de grupos fuertes de guardaespaldas.

—Un amigo al que le he hablado de este asunto sospecha que hay un pez gordo que dirige la secta desde detrás del escenario.

—Y ese pez gordo, ¿quién es?

—No lo sé, pero podría ser...

Hizo una pausa tan larga que me obligó a insistir.

—¿Quién?

—Joshua Thompson. ¿Le conoces?

—Creo haber leído su nombre algunas veces en los periódicos. ¿No es un militar retirado?

—Sí, un mayor del Ejército. Estuvo al frente de un destacamento de Boinas Verdes en Vietnam.

—¿Y qué hace ahora?

—Coquetea con la política. Quizá aspire a ser algún día gobernador de California, y quién sabe si a la vejez le llega la Casa Blanca como regalo.

—¿Y cuáles son sus negocios?

—Tiene una empresa de transportes internacionales. Utiliza barcos mercantes que hacen las rutas del Este asiático y también hace transportes por el Este de Centro y Sudamérica y es posible que utilice el avión para sus mercancías.

—Un tipo importante que aún quiere serlo más. ¿Tú informador puede decirte algo más respecto a las posibles conexiones de Joshua Thompson con Loveman y la secta The Light Road?

—Lo intentaré; pero ¿cuándo me vas a pagar los quinientos pavos?

—Cuando me traigas esa información que me falta, aunque voy a confesarte algo.

—Soy toda oídos.

—Si pudiera, retrasaría todo el tiempo del mundo el pagarte esos cinco de a cien.

—¿Es que no te queda dinero? Yo te he visto algunos billetes en la cartera y es peligroso salir de noche con tanto dinero encima.

—Retrasaría pagarte para poder seguir viéndote. Me gustas, Angie.

—Si estás pensado en ligarme para llevarme a la cama, te equivocas.

—Alguna vez habrás ido a la cama, digo yo —sonreí cínicamente.

—Sí, para dormir todos los días. —Se levantó, tomó la copa de espumoso, la vació y después, con voz muy cálida y hasta me pareció que prometedora, me dijo—: *Ciao*.

CAPITULO VI

Ponerse en contacto con un hombre de la categoría de Joshua Thompson no era nada fácil, había demasiados filtros antes de llegar hasta sus narices.

Quise tomar mis precauciones. En realidad, no tenía qué decirle, simplemente deseaba tantearlo para saber más sobre Loveman y toda la organización que le apoyaba.

Como ya sabes, lector, me estaba jugando la piel, un tropiezo y sería linchado públicamente. Por televisión y en todos los periódicos y revistas sacarían la piltrafa que quedaría de mí para mostrarme como el loco magnicida frustrado que atendió contra la vida de un líder religioso.

Si Loveman quería propaganda a mi costa, yo debía vigilar mucho para que no me mataran.

Tras barajar mis posibilidades de salir con éxito del asunto y vivo y además cobrar los noventa mil dólares que faltaban por pagarme, me dije que debía conocer bien a los actores de la tragedia y el escenario para saber cómo moverme sin dar un paso en falso.

—¿De parte de quién, señor? —me preguntó una voz seca que imaginé salía de la garganta de un mayordomo a la antigua usanza.

—Dígale que de parte de The Light Road.

—Un momento, señor.

Aguardé. Me había atrevido a telefonar a la mismísima residencia de Joshua Thompson, al número de la centralita, claro, porque el de línea directa y privada no debía figurar en ninguna guía telefónica.

—¿Dígame? —me preguntó una voz de mujer que me pareció algo engolada y dulzona.

—Dígale al gran jefe que se ponga al teléfono, encanto.

—¿Ha dicho de parte de The Light Road?

—Tenemos un amigo mutuo que se llama Loveman.

—No sé si podrá ponerse, está reunido en su despacho privado.

Aguarde un momento.

Esperaba que me dijera que no estaba o que se había ido a pescar atunes a las Bermudas.

—Oígame...

—Sí, escucho.

—El señor Thompson no puede ponerse al aparato. Haga el favor de llamar dentro de dos horas.

—Lo haré más fácil. Me llamo Lear y dentro de un par de horas estaré delante de la verja de su mansión.

Colgué antes de que dijera que no iban a poder recibirme. Yo ya había avisado; si Joshua Thompson se molestaba, peor para él.

Tenía dos horas de tiempo, no era mucho. Estaba en un hotelucho de Berkeley, vigilando a distancia la guarida secreta de la secta The Light Road y decidí meterme en el gimnasio que había al lado.

Me puse ropa deportiva, metí una toalla del hotelucho en la bolsa de nylon y penetré en el gimnasio.

Creí que iba a pasar desapercibido, pero un tipo se me acercó de inmediato.

—Tú no estás inscrito en este gimnasio, ¿verdad?

—No, he tenido unas largas vacaciones. Busco un sitio donde recuperarme un poco. Si estoy una hora, pago una hora, eso es todo.

—Te va a costar cinco dólares la hora. ¿Podrás pagar?

—Hoy y mañana, sí. Otro día, ya veremos.

No quise darle a entender que iba bien de dinero, tampoco pensaba decirle que era cinturón negro de Karate.

—¿Qué es lo que quieres hacer? Tenemos boxeo, artes marciales orientales, algo de halterofilia.

—Un poco de pesas para normalizar mi cuerpo.

—De acuerdo, haremos pesas. ¿Llevas pantalón de deporte?

—No.

—Te alquilaremos uno por dos dólares.

—Bien, mañana ya traeré el mío. Por dos dólares puedo entrar dos veces en una hamburguesería.

Se rió estúpidamente. Luego, con mucha mala leche, me preguntó:

—¿Cuánto tiempo has estado de «vacaciones»?

—Dos años —mentí. No quise decir «uno» para no ser identificado de inmediato.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Todavía no lo sé.

—Te va a ser difícil encontrar trabajo, hay mucho paro. Yo podría decirle a un amigo que hablé con otro amigo suyo por si hay algo para ti.

—¿Como qué?

—No sé, podrías empezar de «camello».

—No, gracias, yo no me meto hasta el cuello en la «mierda». Ya he tenido bastante con dos años de vacaciones.

—Tú verás lo que te conviene.

Al poco, me vi levantando pesas. Sorprendí al monitor con el poder de mis músculos, pero mis dientes rechinaron.

Aquel tipo se había propuesto romper mis huesos añadiendo peso a la barra que yo tenía que levantar, una barra tan lastrada por pesas que me dio la impresión de que la habían atornillado al suelo. Al fin, con seguí levantarla. Oí unos extraños ruidos en mi espinazo, separé las piernas y tuve la sensación de que iba a romperme por el bajo vientre. Sudé, lo vi todo negro y al fin...

—¡Up...!

Las pesas se alzaron por encima de mi cabeza. Luego, las solté y temí romperme los pies. Como premio recibí unos silbidos de admiración, debía haberlo hecho bien, aunque las pesas no eran mi fuerte. Me noté empapado en sudor.

—Será mejor que te des un duchazo, por hoy es suficiente.

Descubrí los rostros de dos de los matones de la secta The Light Road. En realidad, esperaba verlos allí y no me había equivocado.

Aquellos matones profesionales querían mantenerse en forma. Uno de aquellos advirtió que yo le había mirado con fijeza y cambió un cuchicheo con su compañero. Al que no vi por allí fue al asesino profesional Louis Tower, el hombre que se suponía

debería matar me cuando yo intentara disparar sobre el guru de la secta.

Me duché, ya era tarde para mí. La residencia de Joshua Thompson estaba lejos de Berkeley y para llegar hasta ella tenía que atravesar el larguísimo puente de San Francisco.

Salí a la calle. Anduve junto a la acera y al pasar junto a un oscuro portal, recibí un fuerte empujón de

un tipo que estaba leyendo el periódico en la calle.

Cuando quise reaccionar, varios brazos me atenazaron, fue como si acabara de caer en la guardia de un pulpo asesino.

Empecé a recibir golpes. Quise defenderme, pero estaba en desventaja. Me sujetaron por el cuello, me pusieron la hoja de una navaja entre los «gemelos» y decidí que lo mejor era estarse quieto. Hacerse el valiente en aquella situación era un suicidio.

—¿Quién eres tú? —me preguntó una voz ronca desde la oscuridad.

—Lear, me llamo Lear.

—Es un poli —gruñó otro.

—No, no soy de la bofia —repliqué—. He salido del penal del Estado.

—¿Habéis oído? Se hace el gracioso. ¿Y por qué te encerraron?

—Por matar a un tipo en una pelea —dije, entre dientes, pues un brazo tan grueso como mi pierna me estaba estrangulando.

Yo mantenía tensos todos los músculos del cuello para que la tenaza de aquel brazo no se cerrara excesivamente con mi cuello dentro.

—¿Cómo se llama el capitán de los funcionarios? —preguntó otro de los

que allí estaban.

—Milton, Milton Parker —respondí.

—Es cierto —asintió el que acababa de preguntar.

El que le había cogido tanto cariño a mi cuello inquirió:

—¿Qué es lo que andabas buscando en el gimnasio?

—Nada —respondí.

El brazo se cerró más en torno a mi garganta mientras el otro seguía amenazándome directamente con su navaja.

—Mientes.

—Trabajo —dije.

—Eso está mejor. ¿Qué clase de trabajo?

—No lo sé.

—¿Has conocido a alguien del gimnasio? —preguntó otro desde detrás de mí. Yo no alcanzaba a verlo.

—No, pero huelo a los que son como yo.

—De modo que sabes pelear, ¿eh? Pues no lo has demostrado —observó irónico otro de ellos.

—Me habéis cogido a traición, soltadme.

—Sí, suéltalo, Peter —pidió el de la navaja, guardándosela—. Veremos que tan bueno es para encontrar trabajo de matón.

Cuando me soltaron, no perdí tiempo en hinchar mis pulmones de aire. Aquellos tipos estaban muy lejos de ser unos *gentlemen* en su profesión.

El de la navaja disparó su puño tratando de alcanzar mi rostro, pero como yo había

esperado un golpe sucio de aquel estilo, lo esquivé.

El puño dio en el pecho del tipo que tenía detrás y que había estado apretándome el cuello como si yo hubiera sido quien le había vendido

a su mujer un coche de segunda mano a plazos por el mismo precio que si fuera nuevo.

Le propiné un rodillazo entre las piernas al que había amenazado mi masculinidad con la navaja. Saltó por el aire y cayó de espaldas, aullando.

Mientras hacía mi cuerpo a un lado, di un talonazo de Karate hacia atrás con la esperanza de alcanzar en la rodilla al tipo de los brazos gordos.

Tuve suerte y el individuo cayó hacia atrás dándose una fuerte costalada como premio.

—¡Kiai! —grité al tiempo que daba un salto y aplicaba una patada en pleno rostro del tercero que todavía me quedaba en pie.

Al extremo de mi pie noté algo que crujía. No me entretuve en averiguar lo que había conseguido con mis golpes. Yo tenía prisa en aquellos momentos, de modo que en tres zancadas me planté en la calle de nuevo.

Sospeché que los tres matones no tenían sentido del humor, y que en cualquier momento podía aparecer un cuarto o un quinto, pero éste ya con un revólver repleto de balas.

No tardé ni treinta segundos en desaparecer a toda velocidad a bordo de mi

«Mercedes» deportivo en dirección al puente de San Francisco.

CAPITULO VII

Todo el muro era de piedra y la puerta metálica parecía apta para aguantar granadas de carga hueca. Me introduje por un túnel bien iluminado. Debí circular un par de cientos de metros y llegué a un parking subterráneo donde debían haber una docena de vehículos.

El vigilante que llevaba una pistola colgada del cinto me señaló un lugar para estacionar mi coche. Aquel individuo no sonreía, no parecía que lo hubieran parido con simpatía. De no haber sido avisado previamente, yo no hubiera podido entrar allí.

Un «Rolls-Royce» modelo Silver Shadow, el coche más caro del mundo, estaba estacionado allí. Deduje que sería el automóvil del multimillonario y al cual no podría acercarme.

—Diríjase al ascensor —me indicó el vigilante.

Caminé como un niño obediente; sin embargo, algo se cruzó en mi mente, fue como un pequeño cortocircuito. Traté de averiguar de qué se trataba, pero me vi encerrado en una cabina de ascensor que más parecía una caja de caudales.

Cuando se detuvo, la puerta se abrió automáticamente y apareció un tipo alto y muy bien vestido que deduje no era el multimillonario.

—¿El señor Lear? —me preguntó frío, cortante.

Miré en derredor mío y sonreí.

—Creo que soy yo.

El tipo no sonrió, carecía del más elemental sentido del humor.

Le seguí y me condujo hasta un amplio despacho donde sí me aguardaba el multimillonario Joshua Thompson, un tipo alto y magro, con el cabello cano cortado al cepillo y ojos hundidos pero de mirada in tensa y vital.

Allí pude ver maquetas de barcos mercantes, de aviones y una extensa colección de armas. En un panel me pareció ver más de diez rifles distintos. Luego, en diferentes vitrinas, pude ver revólveres, pistolas y también cuchillos y machetes.

—¿Es usted coleccionista de armas? —me preguntó con cierta suficiencia mientras se me acercaba.

—No, y tampoco podría pagarlas, pero veo que usted tiene revólveres Colt antiguos.

—Sí. Aquél que ve en esa urna de cristal perteneció al general Sheridan y lo utilizó contra los comanches. Tengo revólveres de bandidos famosos.

—Sí, ya veo que algunos tienen muescas en sus culatas.

—Tengo algunos encerrados aquí en cajas, son muy valiosos —me fue diciendo con mucho orgullo. Era como si estuviera hablando de hijos suyos.

Aquel tipo tenía la mente de un militar, pese a que ahora era un civil y se dedicaba a los grandes negocios y también a la política.

—Bien, bien. ¿Dijo usted que venía de parte de Loveman?

—No exactamente.

—Pues, me habrán informado mal —replicó, frunciendo el ceño.

Buscó un cigarrillo en la caja de caoba, no me invitó. Lo encendió y se instaló tras la impresionante mesa escritorio.

—Yo sé que usted está relacionado con Loveman —dije.

—Loveman es un hijo de mala madre al que algún día haré desaparecer para siempre.

Lo sumergiré en el olvido total.

Confieso que las palabras del ex mayor Thompson me sorprendieron, esperaba otra cosa.

—¿Lo odia? —pregunté.

—En realidad, ¿qué quiere saber usted, por qué ha venido a verme?

Por un momento, mis planes se confundieron en mi mente. Me acerqué al mueble donde había cajas de revólveres de colección mientras meditaba buscando algo que contarle al multimillonario. Por hacer algo, entreabrí una de aquellas cajas y observé que estaba vacía, faltaba el revólver en su interior. Una plaquita rezaba: Colt modelo Frontier, año 1873. Me volví hacia el multimillonario para preguntarle:

—¿Qué pensaría usted si alguien quisiera asesinar a Loveman?

—No me sorprendería, pero no espere que yo le diga que me complacería apretar el gatillo de un revólver. Si alguna vez le ocurre algo, no quiero que usted se presente ante el fiscal del distrito y cuente palabras que ahora prefiero no decir.

—Alguien me explicó que usted tenía algo que ver con la secta The Light Road.

—Pues le han informado mal.

Comprendí que Joshua Thompson se había puesto a la defensiva.

—¿Usted pagaría por matarlo?

—¿Ha venido a ofrecérsese como asesino a sueldo? —me preguntó medio sonriente tras el cigarro mientras permanecía bien retrepado en su butacón giratorio y yo continuaba en pie frente a él.

—Sólo quería saber si usted pagaría por verle muerto.

—Cuando le vea muerto, gastaré el dinero necesario para que su memoria sea olvidada, pero si Loveman le ha enviado a usted para hacerme caer en la burda trampa de que yo aparezca como el hombre que paga a un asesino a sueldo, se equivoca, no morderé el anzuelo. Yo aplastaré a Loveman, eso es tan cierto como que todavía estoy vivo.

Yo empezaba a verlo todo un poco complicado.

—Me gustaría que fuera franco conmigo, señor Thompson, podríamos llegar a un buen acuerdo.

—Lo siento, no tengo que llegar a ningún acuerdo con usted.

Pulsó un botón que tenía sobre la mesa y casi al instante se abrió una puerta de doble hoja. Aparecieron dos hombres bien trajeados pero con cara de pocos amigos.

—La visita ha terminado. Espero tener el placer de no volver a verle jamás por mi casa.

Aquellas palabras significaban el tratamiento que los dos guardaespaldas debían darme.

Me dije que no tratarían de golpearme por aquello de no dar mala imagen a la residencia del político.

—Que tenga usted mucha suerte, señor Thompson —le deseé—. La va a necesitar.

No tenía ninguna razón objetiva para decirle aquellas palabras, pero me dije que lo dejaría preocupado. Abandoné el despacho.

Me llevaron al ascensor y de allí, al parking.

Volvió a encenderse una débil lucecita en mi cerebro, pero ya eran tres los tipos que

me vigilaban y temía que la emprendieran a golpes conmigo, por ello me di prisa en subir a mi coche.

Le di al contacto y me largué por el túnel tras efectuar una rápida y hábil maniobra de salida. Frente a mí se abrió la gran puerta de la calle y cuando rodé por el asfalto, me sentí más tranquilo.

Joshua Thompson odiaba a Loveman, eso estaba claro. El motivo de aquel odio era lo que yo ignoraba. Había acudido a aquella residencia creyendo que Joshua Thompson era quien amparaba de alguna manera a la secta religiosa, mas no era así.

Los datos que me proporcionara Angie era demasiado vagos, aunque no podía acusarla de aquella equivocación. De todos modos, el nombre de Joshua Thompson, el multimillonario, sí estaba relacionado con Loveman y su secta religiosa, aunque sólo fuera para odiarse. Quizá Loveman también odiase a Thompson.

Miré por el espejo retrovisor y tuve la impresión de que un coche me seguía.

Si no me habían dado una paliza en el túnel de la residencia Thompson, podían dármele en otra parte, o simplemente tirotearme en plena calle, por lo que decidí poner a prueba el motor del deportivo y mis reflejos al volante.

La persecución duró poco.

Mi coche tenía unas dimensiones más pequeñas y pude filtrarme entre otros vehículos alejándome de mis perseguidores. Fue demasiado fácil, hasta me dio cierta vergüenza.

Puse música en el radiocassette y me dije que tenía que empezar a moverme.

Aquel mismo día, mientras almorzaba un plato combinado en un snack, leí en el periódico la noticia del próximo periplo religioso del líder de la secta The Light Road. El anuncio no era una noticia de prensa al uso, más bien daba la impresión de ser una noticia pagada.

Pude leer que la primera asamblea se iba a celebrar en San Francisco en un local cerrado que no pasaría de las tres mil butacas, lo que me pareció muy poco, habida cuenta de que alardeaban de tener millones de seguidores. Me dije que esa cifra no se la creerían ni ellos.

Si llenaban las tres mil butacas, ya sería un éxito, claro que siempre les quedaba la solución de dar las entradas gratis y rifar de paso un «Cadillac» y un viaje a las Hawai.

Después, Loveman iría a Houston, Nueva Orleáns, Nueva York, Detroit, Chicago y regresaría a San Francisco. No era mucho. Me dije que si quería darle publicidad al asunto, yo debía intervenir en el mismísimo San Francisco. De este modo, me evitaría viajar unos cuantos miles de millas y, de paso, les ahorraría a unos cuantos imbéciles una

«comida de coco», pues si el líder se quedaba en un hospital de San Francisco, se anularía el viaje.

Tomé la decisión de dejar contento al guru Loveman cuanto antes, mandándolo a un hospital de la ciudad de San Francisco; pero, por si las moscas, tomaría mis precauciones.

CAPITULO VIII

Nathaly escogió el lugar para cenar y yo me dejé seducir como una doncella inexperta y ávida de amor.

Nathaly me llevó al Chinatown, sin meterse en lo más intrincado del Barrio Chino de San Francisco, un barrio con mucho colorido, con mucho ambiente y don de los clientes blancos que iban a dejar sus dólares a los restaurantes no eran molestados.

Yo había llevado a más de una chica a cenar al Chinatown antes de pasar unas largas vacaciones en la penitenciaría del Estado.

Estaba claro que allí no íbamos a encontrar la auténtica comida china, sino una comida un tanto adaptada al gusto occidental. Tampoco hubieran permitido a ningún propietario de restaurante servir a los comen sales cerebros de mono calentitos, extraídos del interior del cráneo de un mico sacrificado en la misma mesa, a la vista del cliente, ni eso ni otras cosas, pero sí podían servirte aleta de tiburón que, según contaban, tenía propiedades afrodisíacas, propiedades que a mí no me hacían falta. No había mejor afrodisíaco que una mujer se excelente cuerpo.

Nathaly ejercía sobre mí la excitación necesaria como para contentarme con tomar arroz chino con palillos y un shop-suey de ternera para no cargar mi estómago. Una panza demasiado llena de comida es una pésima aliada para hacer el amor.

Los ojos color miel de Nathaly me encantaban, su sonrisa también. Sus labios ofrecían más que prometían.

El propietario del restaurante, un chino de pura cepa, con quimono incluido y aires de mandarín, siempre sonriente, nos trajo una botella de champaña francés que rompía con todo el encanto de la comida china, pero era una concesión del occidentalismo que siempre era de agradecer.

Comí varios platillos, todos ellos pequeños y variados. Bebí aguardiente de arroz y una especie de limonada que no era limonada pero que sabía bien. No me interesé por conocer los nombres de todo lo que había tomado, no pensaba regresar más al Golden River Orient.

Lo mejor de aquel restaurante fue la presencia de Nathaly frente a mí. Le noté los pechos sueltos bajo el vestido escotado color cereza.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó.

—En unos amigos míos. Si me vieran ahora aquí, contigo, creo que echarían espuma por la boca.

—¿Qué les pasa a tus amigos, acaso no tienen mujeres con las cuales salir?

—Me temo que tendrán que contentarse con la compañía de unos maricones de profesión allá en la cárcel donde están encerrados.

—Ah, ya, los encarcelados. —Se echó a reír.

Llamé al mandarán propietario del local para pedirle la cuenta, pero Nathaly se opuso.

—No, no, esta vez te he invitado yo. Ahora no te comportes como un caballero del medioevo.

Le soltó unas palabras en chino al propietario del restaurante que yo, por supuesto, no entendí. El contestó dando unas explicaciones que ignoro si ella llegó a comprender.

Nathaly le entregó su tarjeta «Visa» y con ella pagó la factura de la cena.

—Es cómodo ir con la tarjeta de crédito para pagar —dije.

—Sí, pero también muerde las cuentas corrientes. Vámonos, tengo un disco recién comprado que te gustará mucho.

La llevé a su casa en mi deportivo. La noche sólo hacía que comenzar.

Entramos en el apartamento y mientras ella se ponía algo más cómodo, lo cual siempre alegraba la vista y excitaba más, le pregunté:

—¿Quieres que vayamos a bailar a alguna parte?

—¿Ahora? —preguntó, sin entusiasmo por salir.

—Lo preguntaba por si quieres divertirme un poco más.

—Como más me divierto es contigo ahora. Prepara un par de whiskies con hielo mientras me cambio.

El cambio de ropa no fue otra cosa que desnudarse y reaparecer con una bata casi transparente de gasa oscura. Se sentó a mi lado, bebimos

y besé sus labios. Nathaly me ofrecía lo que yo quisiera y más, pero ella exigía unos preliminares de amor muy largos, es como si temiera que una vez puestos en funcionamiento los motores se pudieran calar.

Intenté complacerla, pero comencé a sentir sueño, mucho sueño. Nos tendimos en la cama. El mundo era maravilloso. En aquel momento, yo hubiera preferido que Nathaly fuera Angie, pero Angie no se ponía tan propicia y yo tenía que recuperar todos los placeres perdidos durante un año de encierro, un año de mi vida perdido porque entre las manos se me había muerto un hijo puta al que sólo pretendía darle una dura paliza por lo canalla que había sido con una niña, crimen que la justicia no había podido probarle.

Me dormí y no supe bien si había hecho el amor con Nathaly físicamente o en sueños.

¿Y qué más daba, si yo lo había pasado espléndidamente?

A mi imaginación onírica debieron acudir todos los recuerdos sobre lo que había leído en el Kamasutra, el Ananga Ranga y lo que debía haber visto en algunas películas porno. El caso es que debí agotarme mucho mientras dormía, porque cuando desperté, estaba exhausto como si hubiera corrido el maratón en medio del Sahara.

Brazos y piernas me pesaban, se negaban a obedecerme como si no fueran míos y los párpados debían tener el cartelito de «cerrado» por agotamiento integral de su propietario que era yo.

Me volví despacio.

Mi mano tocó el muslo desnudo, suave. Me gustó aquel contacto, me dio fuerzas para abrir más los ojos. En la cama ronroneaba Nathaly que había estado durmiendo a mi lado.

Miré el reloj, eran las tres. ¿Las tres?, gruñí sorprendido.

Miré hacia la ventana y vi la luz diurna entre las rendijas de la persiana. Si eran las tres, serían las tres de la tarde.

—¿Cuántas horas hemos estado durmiendo? —me pregunté en voz alta, sorprendido.

Sobé un poco con las manos las nalgas de Nathaly para adquirir más fuerzas y abandoné la cama. Me fui al aseo y me metí bajo la ducha. Opté por el agua fría para reaccionar y sentí como un calambrazo por todo el espinazo hasta que me acostumbré a los finos dardos de agua

fría golpeando contra la piel de mi cuerpo. Permanecí un buen rato bajo el agua. Cuando salí del baño, ya seco, pude oler a café caliente y a bacon frito.

«No está mal, Lear», me dije. «Este puede ser un buen día para ti.»

Fui a la cocina y allí estaba Nathaly vestida con una bata que le llegaba hasta la mitad de sus perfectos muslos. Sonrió y me indicó que tenía el desayuno listo, pero por la hora que era casi había que empezar a pensar en la cena.

Desayunamos en silencio hasta que ella me dijo:

—Tendrás que marcharte, porque yo también tengo que irme.

Como si fuera un vulgar marido, pregunté:

—¿Adónde?

—Un viaje corto, he de preparar unos asuntos de publicidad.

—¿Referentes al viaje propagandístico de Loveman?

—Ajá —asintió mientras me sonreía con los ojos por encima de la taza de café.

No le dije nada sobre mis planes. Era mejor que ella estuviera lejos cuando yo me convirtiera en el frustrado magnicida de turno.

Yo no me sentía magnicida en absoluto, todo formaba parte de un sucio plan de propaganda del que no debía sentirme muy satisfecho, pero yo acortaría el periplo por otras ciudades y eso tranquilizaría algo mi propia conciencia, eso y los noventa mil dólares que habían de pagarme por mi trabajo.

Ya sé, amigo, que vas a pensar que soy un cínico, pero la vida es así, qué le vamos a hacer. En un momento u otro de nuestras vidas, todos nos vemos obligados a comportarnos con cierto cinismo.

Con el dinero que me pagasen, podría intentar montar algún pequeño negocio, nada de importancia, pero algo con qué empezar. Cuando se tienen antecedentes penales, no es fácil que te den trabajo en las empresas grandes, es mejor ir por libre.

—Cuando regreses a San Francisco, te buscaré —le dijo a Nathaly.

—¿Y cómo sabrás que he vuelto?

—No te preocupes, te llamaré y sabré encontrarte.

Era mejor no contarle que iba a convertirme en un magnicida frustrado, o quizá ella ya supiera algo porque se lo había contado Loveman.

Nos besamos, fue un beso largo. Ella me pasó la mano por el rostro como despedida y me pidió amorosa:

—Cuídate.

Nathaly no sería jamás la perfecta esposa, entre otras cosas porque yo no la creía capaz de guardar fidelidad a nadie, pero sí podía ser una amante perfecta.

No sé por qué, pero cuando se cerró la puerta del apartamento de Nathaly tras de mí, acudió a mi mente la imagen de Angie. Tenía que llamarla, le debía quinientos «pavos», pero yo sabía que mis deseos de volverla a ver no eran precisamente por pagarle la deuda.

¿Qué sucedería si hacía el amor con Angie? Aparejándome con ella de forma estable,

¿olvidaría por completo a Nathaly? Aquel era un enigma que sólo podría descifrar con la práctica.

CAPITULO IX

Estuve observando el local donde se iba a celebrar la asamblea de la secta The Light Road, un teatro con tres mil butacas. En aquellos momentos no tenía función teatral permanente porque parecía estar en época de ensayos y montaje para presentar al público una nueva obra. Alquilar el local para aquella asamblea proporcionaba a su propietario unos beneficios extras que nunca iban mal.

Dispararle a Loveman mientras se dirigía a sus seguidores desde el escenario, era prácticamente un suicidio, porque tras los disparos, los miembros de la guardia personal taponarían las salidas y ya no podría escapar.

Y antes de que apareciera la policía por allí, los seguidores de la secta ya me habrían linchado, tomándose la justicia por su mano.

Tanteé la posibilidad de dispararle a su llegada al teatro, eso podía cogerle por sorpresa; sin embargo, aquél sería el momento en que su persona estaría más vigilada, los guardaespaldas estarían «frescos».

La salida parecía el mejor momento porque ya estarían hartos. Además, los seguidores del «guru» se agolparían en torno a él y se provocaría algo de confusión general. Por otra parte, me dije que sería más difícil acertarle porque habría demasiados fanáticos alrededor suyo intentando tocarle la túnica o besarle las manos.

El caso era que tenía que dispararle con el Colt Frontier en público, el atentado debía ser muy vistosa para que resultara propagandístico.

Seguramente, habría cámaras fotográficas sacando instantáneas del hecho, filmadoras y también grabadoras de vídeo. En aquella clase de atentados, siempre aparecía un aficionado o profesional que tomaba filmación del hecho para la posteridad.

Rodeé el edificio del teatro.

Por su parte posterior había una entrada de vehículos de carga hacia un patio que era donde debían descargar los decorados y mobiliarios a utilizar en las funciones teatrales, y por lo que pude ver, también debía servirles como aparcamiento privado de los actores, pues había tres coches, un furgón grande y un camión pequeño al otro lado de las rejas.

No era amigo de la improvisación, pero pensé que podía ser lo mejor

para llevar a cabo mi objetivo. Miré a un lado y a otro. No pasaba nadie por aquel callejón por el que las camionetas debían introducirse con dificultades.

Gracias a que estaba en plenitud física, salté por encima de la verja y caí al otro lado de ella. Me filtré entre los coches. Llegué hasta el pequeño camión y me introduje en él.

No tenía la llave, pero hice un puente para el arranque. Lo probé y funcionó. Comprobé que cuando menos tenía la mitad del tanque con combustible.

El motor estaba caliente, listo para ponerse de nuevo en marcha. Me introduje por una puerta hacia el interior del local. Un pasillo me llevó por delante de un almacén de viejos decorados.

Llegué a un camerino múltiple para comparsas y me fijé en un uniforme, era de las SS

con la graduación de capitán. Me pregunté si aquella gente sabría lo que significaba aquel uniforme, pero yo me lo puse. También me coloqué una peluca rubia y me afeité el bigote de guías largas que llevaba.

Al final, me miré al espejo y no me reconocí. Sólo mis ojos seguían siendo los mismos, pero me puse unas gafas oscuras y dejé de ser yo en cuanto a imagen se refería.

Me dirigí a un camerino de los primeros artistas. Poco a poco, fue llegando gente.

Aparecieron dos de los matones de Loveman, los reconocí al instante.

Uno de ellos me preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Yo respondí algo que quería parecer alemán. Lo cierto es que yo no sabía ni palabra en alemán, excepto «*jachtung, kacken, funken!*» que dije con mucha fuerza mientras escupía saliva entre mis dientes. Debí resultar convincente porque me dejaron en paz.

Empezó la sesión de la comida de coco del gurú Loveman a sus seguidores. Les habló de la luz, del camino que conducía a la paz, al edén eterno...

No quise pensar que estaba a poca distancia de la muerte.

Yo no quería morir, pero tampoco era un cobarde. Me había metido en aquel mogollón por propia voluntad, pero ya sabía lo peligroso que podía resultar hacer tratos con una secta religiosa que quería un asesino oficial que no hubiera pertenecido jamás al grupo, un tipo con antecedentes penales por homicida y ese era yo.

Sí, he dicho homicida, ya que la calificación de mi proceso fue «homicidio involuntario con el agravante de imprudencia», pero no era un asesino, aunque esto fuera lo más fácil de pensar.

Preparé el revólver.

Estaba listo con cinco cartuchos de sal, pues uno ya lo había quemado en la prueba que hice en el campo.

Introduje el arma en la funda que colgaba del cinturón de la guerrera y aspiré hondo.

Nadie podía reconocerme. En aquellos momentos, era un rubio y bien afeitado alemán de la SS, llamaría la atención pero quizá no recelarían de mí. Me acerqué entre las bambalinas.

Vi a Loveman, el fundador y padre espiritual de la secta religiosa, y tuve la impresión de que no era tan viejo como daba a entender.

Su voz gutural llegaba a los jóvenes hablándoles de amor y paz, de hermandad, tópicos que calaban aprisa en los espíritus débiles; pero luego, aquel individuo debía llevar a cabo otras realizaciones que no eran precisamente tópicos y que iban encaminadas a hacerse cada día más rico. Cuentas bancarias en Suiza, adquisición de terrenos en los lugares más valiosos, inversiones en la bolsa y quién sabía si invertiría también dinero en el mundo de la droga u otros negocios que ofrecieran un rendimiento rápido.

No me gustó aquel personaje, pero yo tenía que matarlo simbólicamente y debía hacerlo aprisa, cuando todos gritaran «amor, amor, amor, amor eres tú Loveman, amor eres tú», que era el estribillo que sonaba estruendoso dentro del recinto del teatro y todos parecían caer en una hipnosis colectiva.

Observé las posiciones de los matones que yo ya conocía y de otros tipos que, más o menos disimuladamente, controlaban puertas y corredores.

Todo tenía que hacerse aprisa, muy aprisa y con gran disimulo.

—¡Amor, amor, amor eres tú, Loveman, amor eres tú!

En medio de aquellos gritos, apenas se oyó la detonación del Colt que yo empuñaba.

Loveman se volvió hacia mí.

Disparé otra vez sobre su cuerpo y él se llevó la mano al lugar de la herida. La sangre apareció entre sus dedos.

—¡A él! —gritó uno de los guardaespaldas, señalándome.

Disparé contra uno que corría hacia mí y le di, tropezó y cayó, supongo que más por el susto que por el daño que podía haberle hecho.

Tenía el camino calculado, corrí y corrí.

Sonaron varios disparos y los proyectiles silbaron junto a mis orejas. Sentí una mordida en la pierna izquierda, mas no por ello dejé de correr. Salí al patio y salté al interior del camión.

Aparecieron mis perseguidores en todas direcciones, no sabían donde estaba yo.

Cuando el motor del camión comenzó a rugir, dispararon sus pistolas sobre él. Yo, con la cabeza gacha, aceleré el vehículo y me lancé contra la puerta de rejas, arracándola de cuajo. Pasando por encima de ella, huí por el callejón mientras los disparos me perseguían como avispas furiosas.

Al final de la calleja, detuve el camión y salté de él, dejando taponada la calle para que no pudieran pasar los vehículos que me perseguían.

Dejé la guerrera de oficial de las SS dentro del camión y salí corriendo, tenía trescientos metros hasta llegar a mi «Mercedes» deportivo.

Por la puerta del teatro ya salían fanáticos gritando. Conseguí alcanzar el coche y ponerlo en marcha sin que me vieran. Cuando me alejaba del lugar, oí las sirenas de la policía que ululaban enloquecidas en dirección al teatro donde se suponía que el guru Loveman había sido asesinado.

Me dirigí al Barrio de Pescadores. Estacioné bien el vehículo y entré

en un pequeño restaurante. Me acomodé en una mesa frente a un televisor.

—¿Desea comer?

—Sí, algo de pescado a la parrilla —dije. Tenía sed, mucha sed y ahora me ardía la pierna.

Ignoraba la gravedad de la herida y no quería tocármela para no mancharme de sangre.

—Tráigame un doble de whisky —pedí con una sonrisa mientras acercaba mi pie a una tabla algo separada del suelo de madera para que la sangre que pudiera escapárseme se filtrara por ella sin llamar la atención.

No me sentí mareado, pero sí me dolía la herida. Me tomé el whisky doble cuando en la televisión que tenía delante, un aparato para los clientes del restaurante, dieron el comunicado.

—En un flash de urgencia, les damos la noticia de que fundador y líder de la secta religiosa The Light Road ha sido atacado mientras se dirigía a sus seguidores. El asesino ha logrado escapar. Se cree que es un psicópata fanático de otra secta y que debió ser miembro de The Light Road... —Sonreí, se lo estaban inventando sobre la marcha—. Según nos comunican desde el Letterman Hospital donde acaba de ser internado Loveman, sus heridas no revisten gravedad y se espera que dentro de unas horas el propio Loveman dé una rueda de prensa.

Suspiré, todo había salido bien. Sólo lo había herido ligeramente con los tiros de sal. No podía sentirme culpable de un homicidio. Ahora, había que cobrar y desaparecer de San Francisco por un tiempo.

El reportero de televisión, tras dar el flash informativo, prosiguió:

—Ahora les pasaremos imágenes del entierro del multimillonario y político Joshua Thompson, asesinado ayer a primeras horas de la mañana como ustedes saben.

Aquella noticia me dejó frío, hasta me hizo olvidar el dolor de mi pierna.

Joshua Thompson, el ex militar arrogante y seguro de sí con el que hablara en su residencia, había sido asesinado. ¿Quién le habría matado? Me dije que aquel hombre de negocios debía tener muchos enemigos que desearían su muerte. Puse más atención a lo que decía

el locutor.

—La policía sospecha que el multimillonario y político fue asesinado con uno de los revólveres de su propia colección, revólver que fue robado de su residencia. Se sospecha de alguien que fue a visitarle con oscuros propósitos. La investigación se mantiene en secreto, pues hay esperanzas de poder capturar en plazo inmediato al asesino.

No podía creerlo... Según todos los indicios, sospechaban de mí. A pasos agigantados, me estaba convirtiendo en el enemigo número uno de la ciudad de San Francisco.

Pagué y desaparecí de allí. Me metí en el coche y levanté la pernera de mi pantalón que ya tenía manchada de sangre. Había que hacer algo... Si la policía me echaba el guante, no me iba a salvar ni mi padre que estaba en la gloria.

CAPITULO X

No me preguntes por qué, pero decidí confiar en Angie. Son esas situaciones de la vida en que tu intuición, corazonada o llámalo como quieras, te empujan a confiar en unas personas y en cambio en otras, no. En estas ocasiones, si te equivocas, todo te hunde alrededor tuyo.

Yo me encontraba en la situación más difícil de mi vida. Era peor, mucho peor, que cuando el juez me había sentenciado a un año y un día de cárcel por homicidio involuntario con el agravante de imprudencia.

Si me atrapaban, no saldría de la cárcel en toda mi vida. En cuanto a la sentencia de muerte, bailarían en el aire, ahora sí, ahora no... Todo dependía de los políticos de turno.

Angie tenía el rostro grave cuando me presenté frente a la puerta de su pequeño apartamento. Me miró con mucha extrañeza y yo le pregunté:

—¿Es que no me reconoces?

—Por lo visto, has perdido el bigote por el camino.

—No te preocupes, en unos cuantos días lo recuperaré.

Me interné en el apartamento, cojeaba. Angie me cogió del brazo.

—Ven al cuarto de baño.

Me dejé llevar como un buen chico.

—No te apures, no tengo nada grave.

—Quítate los pantalones —me ordenó.

—Si tú me lo pides... —dije, sonriendo.

Yo no me había visto aún la herida que tenía en la pantorrilla. Era una herida de bala en sedal, poco profunda, más dolorosa que otra cosa.

—Creo que no habrá problemas en curarla, pero te va a quedar la cicatriz para toda la vida.

—No pienso exhibirme en ningún night club —bromeé.

Me lavó los bordes de la herida con jabón. Apreté los dientes, dolía, pero no iba a comportarme como un quejica. Dejó de salir sangre. Me pintó la herida con mercurocromo, me puso un apósito de gasa y me vendó.

—No te pases —le pedí—. No quiero convertirme en una momia.

—Hay que ir con cuidado no se te vaya a infectar. Debería verte un médico.

—Verás, no tengo ganas de que me vea un médico.

—Lo entiendo, daría parte a la policía y habrías de dar demasiadas explicaciones por esta herida de bala.

—En San Francisco no es nada raro que te disparen por la calle, hay demasiados tipos con pistola.

Me miró a los ojos con fijeza, ni siquiera parpadeaba, sus ojos inquirían. Me incliné para besarla en los labios, quería romper aquella mirada que me taladraba buscando la verdad.

Angie no correspondió al beso, era muy fría cuando se lo proponía.

—Acomódate en el sofá. Mantén la pierna estirada, será mejor.

—De acuerdo, tú eres mi enfermera, pero ten cuidado, los pacientes solemos

enamorarnos de nuestras enfermeras.

Ella se sentó en una butaca frente a mí. Encendió un cigarrillo con parsimonia y luego me habló con mucha seguridad, sin miedo. Nunca había oído hablar a una mujer como lo estaba haciendo Angie conmigo.

—Dime una cosa, Lear, sé que me vas a responder con sinceridad.

—Dalo por hecho —contesté.

—¿Eres un asesino?

—Una vez maté a un hombre, homicidio involuntario por imprudencia, fue en una pelea.

Si lo que quieres preguntarme es si he matado a Joshua Thompson, te diré que no.

—¿Ya Loveman?

—A él le he disparado yo.

—¿Y dices que no eres un asesino? —me preguntó con severidad.

—El revólver sólo tenía cartuchos especiales de sal. Debía herirlo ligeramente, eso fue lo pactado.

—¿Pactado, con quién?

—Con el propio Loveman.

—No lo entiendo.

Decidí sincerarme completamente con Angie, la joven periodista que estaba ansiosa de confiar en mí. Le expliqué con detalle el pacto que tenía con el líder de la secta religiosa y ella, tras escucharme atentamente, opinó:

—No me gusta.

—A mí tampoco. Tengo la impresión de que me han preparado una encerrona. Lo que no entiendo es cómo han podido dispararle con el Colt que yo tengo, si es que le han disparado con él. No, no puede ser... A

Joshua Thompson, por lo que he oído en la tele, le asesinaron ayer por la mañana.

—¿Y tú no sabías nada?

—Palabra que no. He sido movido como una marioneta. Tengo la maldita intuición de que el Colt empleado para el crimen, es el que me dieron a mí, pero no encaja. No, no puede ser, lo he tenido yo todo el tiempo, a menos que...

Como quedé en silencio, Angie inquirió:

—¿A menos qué?

—Pudo haber un tiempo en el que me quitaron el revólver y entonces, todo encajaría.

—¿En qué momento?

—Mientras yo dormía. Precisamente, a la hora en que dormía es

cuando asesinaron a Joshua Thompson.

—Si alegas ante la policía que estabas durmiendo, te van a replicar que eso no es una coartada.

—Pero, es verdad.

—Un jurado no creo que trague. Estés metido en un buen lío, Lear.

—Lo sé —asentí, resignado—, pero no voy a tirarme a los pies de los caballos para que me maten. No, no voy a entregarme porque no saldría bien parado de esta situación.

Como has dicho, un jurado me señalaría como culpable, pero yo ya sé dónde encontrar la verdad.

—¿Dónde?

—Angie, dame un cigarrillo. —Mientras me lo daba, insistí—: Confía otra vez en mí. Sé que puedes meterte en un buen lío por ayudarme, pero seré yo quien haga resplandecer la verdad.

—Tú solo no podrás.

—No me pidas que vaya a la policía o al fiscal, porque sería como firmar mi propia sentencia. Además, les daría el gustazo a quienes han tramado todo esto para que yo aparezca como culpable. Si me muevo con torpeza, me caerá toda la policía de San Francisco encima y cuando esté entre rejas, ya no podré explicar nada, nadie me va a creer. Me llamarán asesino los fanáticos «flipados» de la secta religiosa y también me llamarán asesino la clase media y alta de esta ciudad por la muerte de Joshua Thompson.

—Si es como dices, te has metido en un buen lío.

—Sí, eso parece, y ahora deberé estarme quietecito por lo menos durante unas horas porque me estarán buscando por toda la ciudad.

—Además, saben que estás herido.

—¿Sí?

—Sí, por la sangre que dejaste en el camión con el que escapaste.

—Eso pone peor las cosas para mí. De todos modos, todavía no estoy vencido. He tomado algunas precauciones, pero he de tramar algo que coja por sorpresa a Loveman y a sus pistoleros.

—Ahora, escúchame bien.

Temí que me pidiera que abandonara su apartamento para que no la comprometiera.

Si la consideraban mi cómplice, ella también iría a la cárcel y yo no deseaba que tal hecho se produjera.

—¿Recuerdas que te dije que sacaría más información sobre lo que unía a Joshua Thompson con la secta The Light Road?

—No les une o unía nada, Joshua Thompson odiaba a la secta y a Loveman, me lo dijo muy claramente y creo que no mentía.

—Joshua Thompson tenía un hijo, un único hijo. Se llama Moses y es miembro de la secta The Light Road.

Otra noticia sorpresa volvía a abofetear mi rostro. Sin embargo, todas las piezas del rompecabezas empezaban a encajar.

—Joshua Thompson trató de recuperar a su hijo y lo consiguió en un principio, según me contaron, pero el chico, un rebelde a su padre, escapó y regresó con su padre espiritual el gurú Loveman. Joshua Thompson juró recuperar a su hijo. Según parece, consultó con varios psiquiatras para desprogramarlo en cuanto lo pudiera recuperar, porque aseguraba que le habían hecho un lavado de cerebro.

—¿Y recuperó a su hijo?

—No, pese a que contrató a varios detectives para ello. Por lo visto, Moses Thompson fue trasladado a la India donde la secta posee un refugio secreto en el que nadie puede molestarlos.

—¿Y Joshua Thompson pensaba rescatarlo de ese lugar secreto de la India?

—Sí, pero no quiso dar publicidad al asunto. No deseaba que quedara claro que su hijo le había salido imbécil. No obstante, como era su único hijo, estaba decidido a recuperarlo poniéndolo en manos de buenos psiquiatras y descolgarlo del fanatismo de la

secta. No iba a ser tarea fácil, pero estaba dispuesto a conseguirlo. Joshua Thompson era un hombre de muchos arres tos y no le faltaba el dinero para llevar su plan adelante.

—Ahora entiendo por qué Joshua Thompson odiaba tanto al guru

Loveman.

—¿El no te explicó nada de esto?

—No, ojalá me lo hubieras contado tú en la primera entrevista que tuvimos.

—No lo sabía aún. Joshua Thompson pagó buen dinero para que este asunto fuera olvidado por los periodistas. El sólo pedía que lo dejaran actuar con tranquilidad para conseguir el triunfo final de vencer a Loveman, su enemigo mortal.

—Cosa que no ha conseguido.

—Lear, si todo es como me has dicho, estás en peligro.

—Si, de eso ya me he dado cuenta, todos van a por mí, empezando por la ley y terminando por la mafia de la secta The Light Road... Y yo que llegué a creer que iba a ganarme cien mil pavos fácilmente... En fin, ya está hecho, pero si alguien cree que voy a ir al matadero por propia voluntad para que me degüellen y despellejen después, está equivocado, lucharé hasta el final.

—Sólo perderás.

—Eso está por ver, encanto, soy duro de pelar. Si hay que pelear, lo haré hasta el último minuto.

Angie se inclinó sobre mí y me besó en la boca. Era la primera vez que tal decisión partía de ella, algo había avanzado. ¿Qué vendría después? Quizá nada, quizá con Angie había llegado tarde porque me quedaban pocos minutos de vida.

CAPITULO XI

Nathaly se puso rápidamente al teléfono, parecía estar esperando mi llamada.

—¿Diga?

—Nathaly, soy Lear.

—¡Lear! —Me pareció que la exclamación era más forzada que sincera.

—He de verte.

—Ven a mi apartamento, te estaré esperando.

—No, no... —Hice una pausa. Oía la respiración de ella al otro lado del hilo—. Me encuentro mal, tienes que ayudarme.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Estoy herido. Uno de los hijos de perra que protegen a Loveman me alcanzó.

—¿Grave?

—No para morirme, creo, pero... Tienes que ayudarme.

—Sí, claro, lo que tú quieras. ¿Dónde estás?

—En el muelle cuarenta y tres.

—¿Dónde está eso?

—Junto al cuarenta y cinco, en el muelle de pescadores. Se entra por Powell Street.

—¿Cómo podré encontrarte?

—Es fácil. Verás un barco mediano de pesca, es mitad de acero y mitad de madera. Es un barco antiguo que estará para desguace, se llama *Alameda*.

—¿Estarás ahí?

—Esperándote. Cuando veas la escalerilla del barco, sube.

—¿No hay nadie más ahí?

—He escogido este lugar porque es solitario. Tráete whisky y unos inyectables de morfina —le dije con voz ronca, como si estuviera sufriendo mucho.

Estaba seguro de que Nathaly acudiría a la cita y me dispuse a esperarla. Lo que ignoraba era el tiempo que tardaría en llegar.

La pierna me dolía, pero Angie había hecho un buen trabajo. No quise beber ni fumar

«hierba», nada que pudiera alterar mis cinco sentidos, o seis, si es que yo tenía el sexto.

Había limpiado el Colt Frontier con esmero, estaba seguro de que mis huellas ya no estaban impresas en él. Lo había abierto y revisado hasta los cartuchos, porque resultaba demasiado fácil sacar con cuidado un cartucho sin quemar y descubrir en él la huella dactilar impresa. En las películas sólo se buscan las huellas en las culatas de las armas y algo del cañón, pero yo sabía que había más.

Tal como le había pedido, Angie me proporcionó una Browning, una pistola muy efectiva, con la numeración borrada, una de las millares de armas que circulaban por la ciudad sin identificar, vendidas clandestinamente, armas que una vez usadas se tiraban a la bahía para que nadie las encontrara jamás. Como no estaban registradas en parte alguna, no comprometían. Era como los pañuelos klínex, «usar y tirar».

Me instalé en un furgón cuya portezuela había forzado sin ánimo de robo.

Tenía unos buenos prismáticos conmigo y un *walkie-talkie* de dos watos. Para lo que yo tenía que hacer, era suficiente.

Al fin, descubrí el «Toyota» rojo oscuro.

Pasó por delante del barco *Alameda*, un barco que jamás volvería a navegar, un barco que había pasado su vida pescando en la costa del Pacífico y que moría sin pena ni gloria.

Ya había dado su rendimiento y ahora se le desguazaba para aprovecharlo y sacar el máximo partido de sus despojos.

El «Toyota» volvió a pasar y se detuvo junto a la pared de unos

almacenes. Por allí no había nadie.

Olí a mar, al inconfundible olor de los barcos de pesca que tienen cubiertas de madera donde se incrustan escamas y agallas de los pescados que luego se descomponen y provocan ese intenso y molesto olor.

Mientras aguardaba, pude ver el vuelo de las gaviotas y de los alcatraces por encima del Golden Gate.

Si me descubrían, me matarían como a un perro. Me llenarían de balas y luego, una voz anónima, llamaría a la policía para que fuera a recoger mi cadáver.

Mi fotografía aparecería en todos los noticieros de televisión y me señalarían como el asesino de Joshua Thompson y el hombre que quiso asesinar al líder Loveman.

Centré los prismáticos. Los ojos me escocían, no hacía calor pero yo tenía. Un leve sudor recorrió mi espinazo. ¿Se me habría infectado la herida?

Vi a Nathaly a través de los prismáticos. Vestía de rojo, como para que se la pudiera ver de lejos. Se acercó al barco. Miró a un lado y a otro como pretendiendo descubrir algo, quizá a mí. También miró hacia atrás. Yo busqué con los prismáticos y no vi nada sospechoso.

Nathaly podía albergar el temor de ser asaltada por violadores portuarios, marinos que no estaban nunca más de una semana en un mismo puerto. Podían cometer una fechoría, esconderse en el barco donde trabajaban y partir después sin que la policía los pudiera localizar jamás.

Nathaly era un fruto demasiado apetitoso, un fruto que yo conocía por haberlo mordido con profundidad, hundiéndole bien los dientes, un fruto que sabía maravillosamente pero que luego podía dar sorpresas.

Con cierto temor y muchas vacilaciones, Nathaly comenzó a subir por la escalerilla del barco.

La baranda estaba totalmente herrumbrosa y los peí daños de madera parecía que fueran a quebrarse de un instante a otro. El miedo y quizá los tacones excesiva mente altos de sus zapatos, hicieron que Nathaly estuviera a punto de caerse.

Vi con los prismáticos cómo se agarraba a la barandilla y ahogaba un

grito de miedo.

Luego, siguió subiendo hacia la cubierta del barco que ya carecía de tripulación. Era un barco muerto que había dado comienzo a un proceso de descomposición.

Cuando Nathaly pisó la cubierta del *Alameda*, yo pulsé el botón de mi pequeño radio-comando y hablé con la intención de que ella pudiera oírme.

—Nathaly, ¿me oyes? Nathaly, a tu derecha, en el suelo, verás un pequeño *walkie-talkie* con la antena estirada.

Con los prismáticos, la vi vacilar. No cabía duda de que había oído mi voz y buscaba el aparato para ponerse en contacto conmigo.

Por unos breves instantes, desapareció de mi vista, fue cuando se inclinó para recoger

el *walkie-talkie*. La vi reaparecer con el aparato entre sus manos.

—Muy bien, Nathaly. Ahora, pulsa el botón y háblame.

Ella obedeció mi indicación y pude oír su voz, una voz nerviosa.

—Lear, ¿dónde estás? Cambio.

—Escondido, esperando que me ayudes.

—Ya lo ves, he venido, quiero ayudarte. Dime dónde estás, cambio.

Nathaly debía haber utilizado aparatos como aquél con anterioridad porque lo hacía bien.

—Nathaly, ¿has venido sola? —pregunté con voz ronca.

—Sí, claro. En el bolso traigo whisky y lo otro que me has pedido. Es mejor que no hablemos demasiado por este aparatito, pueden captarnos.

—Ya todo me da lo mismo, me siento acorralado —confesé, aunque estaba exagerando.

Interpretaba para darle a entender que me hallaba en una situación peor de la que ya tenía que, después de todo, tampoco era nada buena.

—¿Ha venido alguien contigo?

—No, cambio.

—¿Y tus amigos, los de la secta?

—Ya sabes que yo no creo en lo que dicen en la secta.

—No, no lo crees tú ni Louis Tower ni el mismísimo Loveman. Allí sólo tiene fe los imbéciles. Todo es un negocio bien montado que ha de dar sus ganancias.

—¿De qué estás hablando ahora, Lear? —me preguntó, pulsando el botón para poder hacerlo.

—Nathaly, escucha, lo mejor es que vayas a la policía y cuentes la verdad.

—¿La verdad, qué verdad? Te traigo lo que me has pedido, te estoy ayudando —casi gritó, nerviosa, agudizándosele la voz mientras miraba en todas direcciones tratando de descubrirme.

—Tú eres parte del plan, Nathaly. Me habéis tendido una trampa en la que yo he caído como un imbécil. Hacía falta un idiota para acusarlo de la muerte de Joshua Thompson y me escogisteis a mí, por eso apareciste en el momento oportuno en la parada del bus a la salida de la cárcel, alguien que tuviera antecedentes como homicida pero que no estuviera demasiado metido en el mundo del hampa. Yo era perfecto para vuestros planes, debisteis informaros bien con alguno de vuestros secuaces dentro del penal, porque entre los guardaespaldas de Loveman hay varios ex carcelarios.

—No entiendo nada de lo que me dices, Lear. Sal, que pueda verte.

—Espera un poco y podrás verme. De alguna manera, yo tenía que verme con Joshua Thompson. Me adelanté a la gestión y eso os facilitó las cosas. Alguien le robó el Colt Frontier a Joshua Thompson, se lo entregó a Loveman y Loveman me lo dio a mí para que yo lo usara. Después, yo aparecería como el ladrón del arma; pero, había un problema. Si yo la tenía todo el tiempo, no podríais asesinar a Joshua Thompson con ella y cargarme a mí el muerto.

—¡Debes de tener fiebre, Lear, cállate! —pidió, excitada.

La veía moverse por detrás de la borda. No sabía dónde buscarme y lo que menos parecía sospechar era que yo estuviera fuera del barco.

—Me llevaste al restaurante chino como si yo fuera una colegiala. Te conchabaste con

el mandarín y él debió de ponerme un somnífero potente pero de efectos retardados en los alimentos o en la bebida. Los chinos son unos artistas en estas situaciones, y yo

«tragué». Me llevaste luego a tu apartamento y estuve durmiendo horas y horas.

Mientras dormía, tomasteis mis llaves y fuisteis hasta mi coche para buscar el Colt. Lo utilizasteis para asesinar a Joshua Thompson y volvisteis a dejarlo donde yo lo había guardado. ¿Quién asesinó a Joshua Thompson, tú misma o el «killer» Louis Tower?

—Lear, te juro que yo no fui.

—No jures nada —repliqué. Algunas sílabas se perdían al no pulsar en el momento justo el botón de los respectivos radios-comando.

—¿Dónde estás, Lear, dónde estás? —gritó, asomándose a la borde de aquel barco que ya no volvería a navegar.

—Todavía no he terminado, Nathaly. Joshua Thompson era el enemigo declarado de Loveman porque le habíais arrebatado a su hijo, lavándole el cerebro, y ahora que el padre ha muerto, toda su fortuna pasará a manos de Loveman, es decir, heredará Moses Thompson que se supone está en la India, pero como carece de voluntad y puede haber firmado un cheque en blanco, como suele hacerse en estos casos, todo, absolutamente todo, caerá en manos de Loveman. Un plan maquiavélico para quedarse con la fortuna de Joshua Thompson, pero hacía falta un idiota que apareciese como el asesino del multimillonario y que jamás hubiera tenido relación alguna con la secta The Light Road, porque de haberla tenido, la justicia impediría que esa herencia fuera tocada ni siquiera por el hijo heredero que pertenece a la secta. Hacía falta un idiota para cargar con todas las culpas, asesinar a Joshua Thompson y disparar sobre Loveman, eso os libraría de sospechas, pero hubo un fallo en vuestra trampa. En el parking particular de la residencia de Joshua Thompson vi tu coche, tu «Toyota». Lo vi sin reparar en él, pero en mi mente se cruzó una luz. Yo sabía que había visto algo importante y comencé a recordar hasta que descubrí que lo que había visto era tu coche, Nathaly, tu coche. ¿Qué eras para Joshua Thompson, su amante? ¿Por eso te fue tan fácil robarle el Colt, por eso pudiste acercarte por la mañana y dispararle a quemarropa?

—¡Yo no fui, yo no fui, fue Louis, fue Louis! —gritó, ya fuera de sí.

En aquel momento, llegaron dos automóviles que se detuvieron frente al barco junto al

«Toyota». De ellos se apearon cinco hombres y un sexto quedó dentro de uno de los coches, observando. Era Loveman.

Nathaly, al verles, se asomó a la escalerilla y les gritó desesperada:

—¡Lo sabe todo, todo, lo ha descubierto todo!

—¡Matadlo! —ordenó Loveman a través de la ventanilla que tenía el cristal bajado. Sus heridas, que no revestían ninguna gravedad, estaban cubiertas por apósitos y tela adhesiva.

—¿Dónde está? —gritó Louis Tower que ya tenía una pistola en la mano.

—¡No lo sé, no lo sé, me habla por este maldito chisme! —exclamó la mujer.

Louis Tower fue el primero en trepar por la oxidada y resbaladiza escalerilla del *Alameda*. Los cuatro matones le siguieron, dispuesto a cumplir la orden de Loveman.

Si yo aparecía muerto, cosido a balazos, la justicia tendría una papeleta muy fácil de solucionar. Yo sería el culpable de todo y a través del hijo de Joshua Thompson, Loveman se llevaría la herencia del multimillonario. Un plan perfecto para hacerse con una fortuna

con mucha rapidez.

Después de todo, la secta The Light Road no tenía los adeptos que aseguraba, era una más de las sectas nacidas en Berkeley. No todo era malo en Berkeley, una población que podía considerarse un barrio residencial del gran San Francisco. Allí nació el grito de paz, amor y libertad de los jóvenes, pero rápidamente aparecieron parásitos como Loveman y otros como él.

Me acerqué al coche y abrí la portezuela, sorprendiéndole.

Le apunté con mi Browning al rostro. Loveman me miró sorprendido primero y con miedo después.

—Nos vemos otra vez, Loveman. Creo que se ha olvidado de pagarme noventa mil dólares por el trabajo que le he hecho.

—Sí, claro, te pagaré —dijo con voz ronca.

En aquel momento llegaron varios coches policiales. En uno de ellos iba Angie junto a un teniente de la policía.

—¡Lear, Lear! ¿Estás bien? —me preguntó, corriendo hacia mí.

—Sí, no ha hecho falta que disparase.

Empujé a Loveman fuera del auto, ya no parecía tan seguro de sí.

—Teniente, ahí tiene al culpable de la muerte de Joshua Thompson —dije, al tiempo que le entregaba la Browning. De mi cinturón, cogiéndolo con un pañuelo, saqué el Colt Frontier—. Con esto lo asesinaron y lo robó la chica que está arriba.

El teniente de la policía asintió con la cabeza. Loveman se puso furioso y comenzó a despotricar contra mí.

—¡Ha sido él, él me disparó a mí también, hay testigos!

—¡Sí, claro, claro —aceptó el teniente—. Ya se aclarará todo en la estación de policía.

—Le pasaron un megáfono de mano que había pedido y gritó por él—: ¡Los que están en el barco, salgan con las manos en alto, están rodeados!

Y así fue, efectivamente, porque una lancha patrullera de la policía se situó al otro lado del barco para que nadie pudiera escapar arrojándose al agua.

Louis Tower se asomó por la borda gritando:

—¡A mí no me cogeréis! —Y comenzó a disparar contra nosotros. Su pistola era ametralladora.

La policía replicó, creo que él trató de matarme a mí, pero quien se llevó una bala perdida fue Loveman que se derrumbó. Me incliné para ayudarle. Después de todo, era un anciano, pero en su rostro vi el espectro de la muerte.

—Si predicabas la luz eterna, la paz y el amor, ahora lo tendrás todo, pero no vas a poderte llevar ni un dólar —rezongué.

Esta vez me escupió físicamente al rostro. Me limpié la mejilla con el dorso de la mano, no merecía la pena replicarle.

—¡Aaagh...!

Alcanzado de lleno, Louis Tower cayó desde la borda al muelle. El golpe fue sordo, desagradable. Quedó inmóvil sobre el suelo portuario y la sangre fue escapando de su cuerpo con lentitud.

—¡Me entrego, me entrego! —gritó Nathaly entre sollozos.

EPILOGO

Yo había decidido declararme inocente de los cargos que el fiscal volcó sobre mí. No se podía olvidar que yo había disparado públicamente contra un hombre aunque sólo fuera con cartuchos de sal que habían llegado a causar heridas al anciano. Además, el fiscal me quería cargar el agravante de escándalo público con peligro para vidas humanas dentro del teatro y el uso indebido de armas en la ciudad.

Pedía seis años para mí, no era mucho, pero aquel juicio que se celebraba en la corte contra mí causó mucha sensación. Allí se estaba desmontando todo el teatro y la ropa sucia de una falsa secta religiosa.

—Póngase en pie el acusado —pidió el juez que, debo reconocerlo, fue afable conmigo.

Me levanté despacio, había muchas miradas fijas en mí. Pensé en el funcionario de prisiones, aquel tipo que con los ojos me había dicho «volverás». No, no podría darle la razón, era demasiado, yo no quería volver a la cárcel.

—Declaramos al acusado Lear Jefferson Clyton inocente de los cargos que se le imputan.

Hubo gritos y aplausos, tenía hasta a los curiosos de mi parte.

Hubiera deseado besar a todos y a cada uno de los miembros del jurado, pero me vi cegado por los flashes de las fotografías. Había sido una suerte para mí que Nathaly, vencida por la situación hubiera cantado de plano, declarándose culpable de la maquiavélica operación para asesinar al multimillonario Joshua Thompson, pero aseguró que el asesino había sido Louis Tower bajo las órdenes de Loveman.

Ella le había entregado el Colt Frontier para que lo hiciera. Al final se esclareció que Nathaly no era sobrina de Loveman, sino una vividora muy bien pagada. Había sido secretaria de Joshua Thompson y terminado siendo su amante, pero su ambición era casarse con el hijo,

y ese era el pago que Loveman le había ofrecido si todo salía bien. La pobre Nathaly también resultó bastante ingenua, porque Loveman jamás hubiera permitido que ella controlara la fortuna del multimillonario.

—¡Lear, Lear...!

Angie se me abrazó con alegría y emoción. La estreché contra mí. Ella había confiado en mí y me había ayudado en el momento justo.

Abandonamos el edificio de la corte de justicia de San Francisco. El mundo, el futuro, eran nuestros. ¿Qué íbamos a hacer? Todavía no puedo contarle. Quizá, algún día, en otra novela explique el resto de mi vida.

Lo importante en aquellos momentos era vivir con Angie a tumba abierta.

Alguien me contó un día que abrió los ojos y se percató de que comenzaba a vivir.

Luego, al cerrarlos de nuevo, comprendió que su vida ya había transcurrido sin apenas darse cuenta.

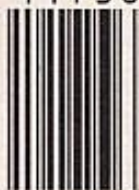
Lo siento, amigo, ya no puedo seguir escribiendo. La vela se consume y Angie, en la cama, ronronea esperando que me acerque a ella, que la acaricie, que le bese todo el cuerpo con el rumor del oleaje como fondo.

Si, estamos cerca del mar en un bungalow que no tiene luz eléctrica. Una luna plateada brilla por encima de nosotros y consigue arrancar miríadas de chispas del océano. Esto es vivir, muchacho.



9 788402 025135

1 1 7 3 6



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

—Lear, Lear...

¿La has oído? Sí, te lo pregunto a ti que has leído esta historia, te lo pregunto a ti y a nadie más. ¿La has oído? Es Angie que me llama, es la vida, es el amor.

Adiós, hasta siempre.

FIN